

Enrique Belo

DISCURSOS

Y

Sermones



56

DAD AU

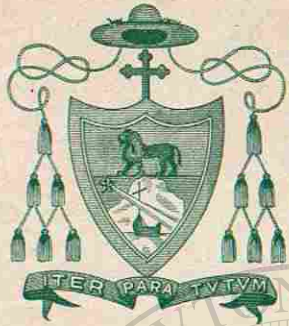
CIÓN GE

57

BX1750
.B6
C6
c.1

45200

08657



1080020956

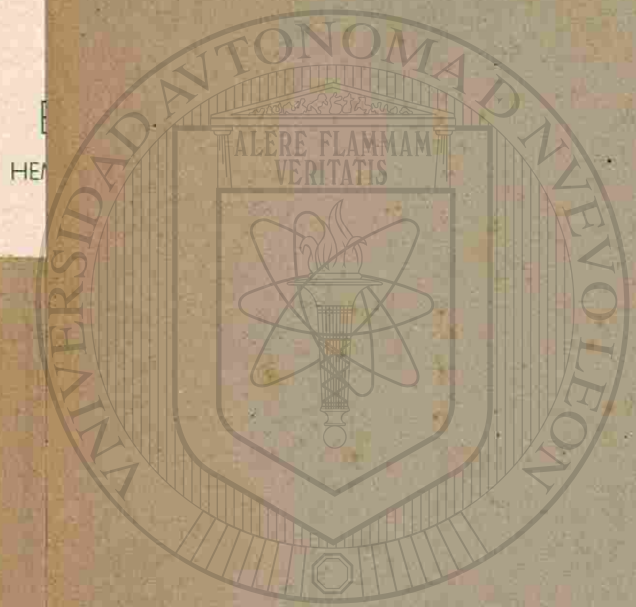
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CONFERENCIAS
DISCURSOS Y SERMONES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COLECCION HERRERO

BIBLIOTECA DE SACERDOTES Y FAMILIAS CRISTIANAS

CONFERENCIAS
DISCURSOS Y SERMONES

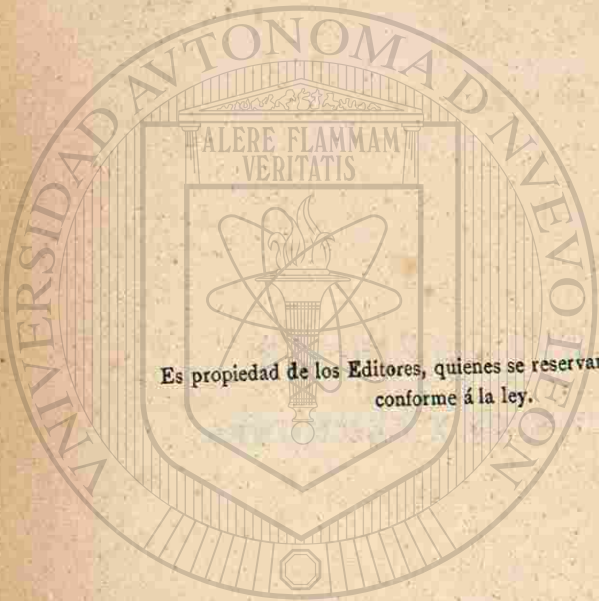
POR EL ABATE ENRIQUE BOLO

Traducido del francés

POR

E. C. O'GORMAN

Es propiedad de los Editores, quienes se reservan sus derechos conforme á la ley.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

TALLERES DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA, CALLE DE TIBURCIO NÚM. 18.—MÉXICO

MEXICO
HERRERO, HERMANOS, LIBREROS, EDITORES
3—San José el Real—3.
1895

45266

Bx 1756

B6

C6

OBRAS DEL ABATE ENRIQUE BOLO.

Los matrimonios inscritos en el cielo.

Del Matrimonio al Divorcio. (Esta obra ha valido al autor las bendiciones, felicitaciones y elogios de muchos Cardenales y un gran número de Arzobispos y Obispos.)

Ante la Muerte.

El Día después de la muerte.

Los Decadentes del Cristianismo.

Las Ultimas etapas de la vida cristiana.

Conferencias y Discursos.

El Fruto prohibido.

Las Sublimidades de la Oración.

Contemplaciones Eucarísticas.

Las Agonias del Corazón.

La Trajedia del Calvario.

Llena de gracia.

Dedico el siguiente opúsculo al auditorio de hombres que se encontraba al rededor del púlpito de Nuestra Señora del Monte, el 31 de Marzo de 1893. La enorme afluencia de concurrentes provocada por el simple anuncio del punto que iba á ser tratado; la atención admirablemente sostenida, con que la multitud siguió durante dos horas, las demostraciones bastante áridas que voy á intentar reproducir aquí, bi en claramente manifestaron aquel dia, que el patriotismo y la fe, viven de la misma vida en las almas francesas, y que el sentimiento religioso perdurará entre nosotros tanto tiempo como el amor de la patria.

Y ¿cómo pudiera enfriarse el amor por la patria en un país tan hermoso como la Francia?

Hoy, 3 de Abril de 1893.

Enrique Bolo.



FONDO EDITORIAL
VALVERDE Y TELLEZ

008657



LAS GALAS Y LOS GALOS

EN LA

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

CONFERENCIA DADA EN MARSELLA,
EN LA IGLESIA DE "NUESTRA SEÑORA DEL MONTE,"
EL VIERNES SANTO, 31 DE MARZO DE 1893.

SEÑORES:

Los primeros cristianos referían en sus piadosas leyendas que, inmediatamente después de la Pasión, los ángeles descendieron para recoger todos los átomos dispersos, del cuerpo del Divino Salvador, sobre la vía dolorosa: gotas de sangre, cabellos, partículas de toda clase, á fin de restituirlo todo á la Santa Humanidad, al momento de la Resurrección.

En este día, aniversario de recuerdos y de lágrimas sagradas, sea permitido á nuestra fe y á nuestro amor contristado, imitar á esos ángeles y recoger de entre los vestigios de la Santa Pasión algunos recuerdos (los recuerdos son también reliquias), que deben ser particularmente queridos á la Nación francesa.

Me refiero, Señores, á tres ó cuatro episodios importantes de la gran Trajedia del Calvario, cuyas heroínas y héroes eran, casi seguramente, de nuestra buena y antigua raza gala.

Cierto que no escucharéis sin cierta admiración, la enunciación de semejante tésis, y no obstante, ¿qué puede haber de extraño en que Jesús hubiese atraído á presenciar su cruento sacrificio y su solemne muerte, á aquellos que deberían más tarde, ser los más generosos herederos de su fé, los más ardientes campeones de su divinidad?

Vamos á los hechos:

Según algunas tradiciones piadosas, que, al pronto, puedan pareceros merecer, tan solo merecer, un crédito relativo, la raza de los galos estuvo representada en la Pasión, por Claudia Prócula, mujer de Pilatos, que intervino la única en favor del Divino Maestro, durante la escena tan agitada del juicio; por Berónica¹ la valerosa matrona que limpió el rostro del Divino Salvador, á su paso por la vía dolorosa; en fin, por los soldados que azotaron á Jesucristo, se burlaron de su realeza y crucificaron su cuerpo; pero que lo refrescaron en su agonía, dándole á beber en la Cruz y fueron los primeros en proclamar su divinidad, luego que hubo exhalado el último suspiro.

La osadía y la importancia de semejantes aseveraciones no pueden pasar desapercibidas para vosotros; ya véis que, desde el Calvario, si las tradiciones con-

¹ Escribiremos *Berónica* ó *Berenice* y no *Verónica*, en lo de adelante. Los historiadores antiguos escriben *Berónica* en griego. En nuestro humilde juicio, las sabias disertaciones sostenidas sobre la escritura ó letras de ese nombre, (véase la "*Revista arqueológica*" año VII^o) pudieron haber tomado una vía errada. Si, como todo lo que vamos á decir lo hace suponer, Berónica fué originaria de Aquitania, nada hay de extraño en que ella hubiese desfigurado su nombre por el hecho de un defecto de pronunciación, que es hoy todavía muy comun en ciertas regiones de la Gascuña, y que consiste en pronunciar la *B* como si fuera *V*.

Se ve, pues, que ese nombre no tendrá la etimología fantástica y extraña que le atribuye más de un arqueólogo.

cuerdan con la historia, nuestra raza habrá afirmado sus tendencias, entrado en posesión de su gloria y futuro destino, al mismo tiempo que tomaba en el crimen cometido una parte ¡ay! demasiado conforme con las lijerezas de su carácter y los extravíos de su temperamento.

Permitidme, Señores, intentar demostraros esta noche, la exactitud, ó por lo menos, la muy grande probabilidad histórica de las leyendas relativas á Claudia Prócula, á Berónica y á los soldados que ejecutaron al Salvador del mundo. Luego que hayámos establecido, —en cuanto esto es posible— la cuasi certidumbre de esos datos, no nos será difícil comprender su admirable y profunda armonía con el carácter y la vocación de la raza de los galos.

I.

Cierto y absolutamente histórico es, que la raza de los galos formaba un elemento de primera importancia en la sociedad de Jerusalém, en la época en que murió Nuestro Divino Salvador.

Tres causas principales habían atraído esa invasión de los hijos del extremo Occidente y la mantenían permanente.

Estas tres causas eran: la proximidad de los galos del Asia Menor, y la indisputable superioridad que sobre los griegos y los asiáticos les daban su honradez, su denuedo, y aún su inteligencia; el reciente paso de Germánico, amigo por excelencia de los galos, que organizó, hácia el año 18 ó 19, la dominación romana

de Judea; y en fin, las afinidades muy reales y bien caracterizadas, de la administración y de la familia de Tiberio y de Poncio Pilatos con el país de las Galias.

Digamos, Señores, unas cuantas palabras de cada una de esas causas de la infiltración del elemento galo en Jerusalém.

Los galos del Asia Menor,—los gálatas—eran galos absolutamente puros, bajo el punto de vista de la raza. Aunque estuviesen establecidos hacia ya cerca de doscientos cincuenta años bajo el cielo del Asia, nada habrían perdido de su fisonomía, de su idioma ni de sus costumbres.

Si hubieseis encontrado entonces á alguno de esos hombres hermosos, de grandes cabelleras rubias, ojos azules, fisonomía irónica y altiva, no hubieseis vacilado un solo instante en reconocer en ellos, á los valerosos compatriotas de Breno y de Vercingetorix. Fué tal, por otra parte, la energía de la resistencia que esa raza opuso á todas las influencias del despreciado asiático, que más de trescientos años después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, San Jerónimo reconocía que el lenguaje era siempre el mismo de la raza. ¹ Aún hoy, ² los armenios no se equivocan sobre el origen del tipo alto, rubio, blanco de color, que á menudo se encuentra en esos países; y llaman á los que presentan esos rasgos y esa fisonomía particular: «*los franceses de antaño.*»

Estos "*franceses de antaño,*" inteligentes y letrados

¹ In epist. ad Galat. I, II, Prefac. ² Eliseo Reclus., *Asia Anterior.*

como los griegos, valientes. . . . como franceses y de reconocida probidad, eran muy estimados por los principillos de la Siria y de la Judea, y por otra parte, se imponían á la inferioridad moral de los asiáticos. En tanto, que los romanos, no eran sino administradores, en tanto que los oficios de cocinero y peluquero, así como todos los que eran oficios viles ó demasiado serviles, estaban reservados á los griegos, los galos del Asia Menor, eran llamados para ser secretarios, intendentes, profesores, y aún para servir como guardias de corps, á causa de su lealtad, de su penetración y de su valor. El historiador Josefo ¹ nos muestra en los funerales de Herodes, á las tropas de ese pequeño soberano, divididas en tres cuerpos: los Scitas, los Germanos y los Galos. Ahora veremos cómo el Centurión Longino responderá al gobernador de Capadocia, Octavio, que era de Isauria, es decir, de un país poblado entonces por los galos del Asia Menor.

Ya os indiqué, Señores, cómo otra de las causas del crecimiento de la sociedad de los galos en Jerusalém, fué el paso de Germánico. Basta con haber leído las admirables páginas que Tácito consagra en sus Anales á ese grande hombre, para darse cuenta de los lazos profundos é indestructibles que su larga permanencia y sus gloriosas campañas contra los germanos del Rhin le hicieron contraer con la nación de los galos. Había pasado con los soldados de esa raza, inolvidables jornadas, ² sus legiones, compuestas en gran parte, por nuestros antepasados, habían querido á la muerte de

¹ Antiq. judáicas XVII, X, 3.

² V, Anales I. 42, 43, 44

Augusto proclamarlo emperador. Y cuando Tiberio, lo envió al Oriente y á Judea á desempeñar una misión que debía serle fatal, no es de dudarse que llevase en su seguimiento una colonia considerable de galos. Por lo demás, cuatro ó cinco años después de su muerte, encontramos en Judea,¹ cuatro legiones cuyo efectivo se componía de galos en casi su totalidad: la VI.^a *ferrata*, la X.^a *fretensis* [que había sido tan querida de César], la XII.^a *fulminata*² y la III.^a *gallica* cuyo nombre es decisivo en la cuestión que nos ocupa.³

Sin trabajo se figura uno que centro de atracción debía formar, bajo el punto de vista de colonización gala, un ejército tan importante en Siria.

En fin, Señores, tengo prisa en terminar la exposición de estas generalidades á las cuales prestais la paciente atención que os honra; y entro en la tercera causa de aquella preponderancia del elemento de los galos en Jerusalém: y es la administración misma romana.

La *gens Claudia*, que tenía entonces en la persona de Tiberio, las riendas del imperio, era también *gala*, ó si lo preferís, tan atada como era posible á las Galias' por toda suerte de ligas inclusas las del nacimiento y la sangre. Y si en lugar de encontrarnos en la segunda ciudad de Francia, que llamamos Marsella, estuviésemos en la segunda ciudad de Francia que llamamos Lyon, sería imposible escudriñar el pasado sin

¹ Tácit., *Amor* IV 5. "Cuatro legiones mantenían en respeto la vasta región que se extiende de la Siria al Eufrates."

² Y no: *fulminatrix*, como lo han creído algunos.

³ Véase el admirable trabajo de Marquardt.—Collec. Mommsen, t. XI p. 163.

encontrar por todas partes las huellas de esa familia, Claudia, de la que la ciudad de Lyon era la patria por adopción, en espera de que se volviese la patria propia, por el nacimiento del mismo emperador Claudio. Creo inútil insistir en este hecho histórico de los más elementales. De aquí resultaba evidentemente, de parte del Emperador que había residido, por otra parte, bastante tiempo, en las Galias, su afecto por ese país, cierto conocimiento de sus habitantes, y confianza en ellos, que debían señalárseles mas que cualesquiera otros á su atención y procurarles más de un buen empleo, más de una misión importante. Una administración interesante y delicada como la de la Judea, país al que, las causas que ya hemos indicado, habían llevado una colonia gala tan considerable, era el país que parecía designado más claramente á las ambiciones galo-romanas y el más apropiado para inspirar á Tiberio la idea de enviar ahí como dignatarios á sus amigos del otro lado de los Alpes.

No os diré, Señores, que Poncio Pilatos, italiano de raza, fuese de nacimiento galo. Tengo necesidad de conservar mi crédito ante vosotros y no comprometerlo por aserciones poco ó mal fundadas. Baste, pues, haceros observar, que la *gens Pontia*, tenía en esa época, representantes en las Galias, y que el *pre-fijo* «*atus*,» que termina el nombre del Pontius de que se trata, era frecuente en nuestro país. Ciertamente es, que Pilatos tenía una dilatada parentela en las Galias,¹ muy posible es que aquí viniese á morir; es

¹ Los museos de Narbona, la Viena, Génova, Arlés y Nimes, poseen ánforas, vasos de barro y otros objetos marcados con el nombre de la *Gens*

también muy probable, como lo vais á ver, que aquí se casara.

La digna y generosa mujer, que fué la única que intervino en favor del Divino acusado, Claudia Prócula,¹ era, en efecto, Señores, y según todas las probabilidades, una hija de las Galias.

La leyenda que la hace nacer en la Galia-Narbonense, está demasiado conforme con los datos históricos los más ciertos, para que haya dificultades en admitirla.²

Su nombre de *Claudia* indica ciertamente que pertenecía á la familia del emperador, del que, os lo repito, las afinidades con las Galias eran tan estrechas y numerosas cuanto es posible.

No podía llamarse «*Claudia*» sino en tanto que fuese parienta, cliente ó liberta de la familia imperial.³

Pontia. La parte más importante de esas inscripciones están en Narbona, cuyo detalle hay que observar: C. I. L. 4534, 5683, 334.

¹ II. Nieef., Hist. I, 30, la llama *Procia* (griego); los apócrifos *Evan Nieve* Claudia Prócula ó Procula. Cf. Luciano Dexter. *Cronic.* An 34 núm. 2, y Menol. graec. Se cree que á ella se refiere la II epíst. de S. Pablo á Timoteo: *Salutat te Eubulus et Pusens, et Linens, et Claudia.*

² Existe una carta muy antigua y muy interesante, bien que Apócrifa, que parece fijar la tradición sobre ese punto. Está dirigida por Claudia Prócula misma á Fulvia Hersilia:

"No te hablaré, dice Claudia, á su amiga, de mis primeros años pasados en Narbona, bajo el amparo de mi padre y bajo la custodia de la amistad. "Sabes que una vez que cumplí los 16 años, fui unida á Poncio Pilatos, romano de una antigua y noble familia"..... Hacia el fin de la carta, al terminar la narración de los acontecimientos de que fué testigo, Claudia, (ó la apócrifa), agrega sobre el Centurión un detalle que nos es muy interesante, pues tanto así está conforme con las probabilidades históricas que exponemos aquí..... "Encontré al Centurión que presidió á la ejecución de Jesús. Este Centurión, era un veterano encanecido en las guerras contra los Parthos y los *germanos*"..... Se sabe que Germánico había entonces, conducido muy recientemente las legiones de galos á la victoria contra los germanos de Ultra-Rin. La carta de Claudia nos fué comunicada por el amable Secretario del Obispado de Carcasona, el Señor Canónigo Guilhaum, al que tenemos el placer de repetir aquí las gracias.

³ Mommsen *Antig. Romanas*, tomo XIV., cap. I.

Si hubiese sido liberta, Pilatos que era caballero romano, no hubiera podido tomarla por mujer; ¹ simple cliente y no teniendo ella un nombre propio, no lo hubiera querido. Por otra parte, como él no era mas que caballero, ciertamente que no hubiera obtenido su mano, si la hubiese solicitado cuando Tiberio era ya emperador.² Así pues, se casó antes de que Tiberio estuviese en Italia. Y como la principal residencia de éste, durante ese largo período, fué en las Galias, Pilatos que un día debería llamarse «el amigo del César» ³ pudo muy bien ahí casarse con la parienta del futuro emperador. Ya lo véis, si no conocemos el país originario de Claudia Prócula, mas que por una simple leyenda, la misma historia hace á esta demasiado verosímil, para que nos sea posible rehusarle cierto crédito.

A Claudia, debería pues, su marido la alta posición que tenía éste en la Judea. Por lo demás, esto mismo era lo único que podía, por otra parte, autorizarla para intervenir tan osadamente como lo hizo en la Pasión. Es cosa inaudita que una mujer tome sobre sí misma la carga de dictar una sentencia á un magis-

¹ Nos parece difícil admitir, con el R. P. Ollivier, cuya obra sobre la Pasión es notable bajo todo punto de vista, que Claudia proviniese de una familia libertada por Claudio. Los libertos, llevaban, es cierto, el nombre de su patrón, pero sus descendientes no conservaban ese nombre, ni el que tenían cuando eran esclavos. Véase Marquardt: *Vida privada de los romanos*, I, 22, Cfr., C., I., L., VI, 801 2, y C. I., L. 582, donde se encuentran designados niños que no llevan ya el nombre tomado del patrón, por sus padres libertos.

² Tácito, después de haber hablado del "orgullo hereditario de la sangre de los Claudios" (Anal. I, 4.) señala á propósito de Druso, el bisabuelo de ese príncipe á Pomponio Attica *simple caballero*, cuya personalidad parece por ese título "desdecir de los Claudios" (Anal., II XLIII.)

³ Juan XIX, 12.

trado superior, en el mismo instante en que éste se encuentra actuando en su tribunal.

Podemos, pues, con todo aplomo, concluir de ese hecho indudable, ¹ puesto que el Evangelio lo ha consignado así en sus páginas, que Claudia Prócula tenía en Jerusalém grande importancia, y que siendo de raza gala debía de ser el centro de la sociedad de las grandes damas galas que se encontraban sin duda á la sazón en la ciudad santa.

Así es cómo, todo un grupo de nobles hijas del Occidente, tales como Juana ² la mujer de Chusas; ³ Berónica, la esposa del opulentísimo tesorero Amator ó Amadour, que se hacía llamar Zaqueo en Jerusalém, se reunían cerca de aquella en una comunidad de mundanas relaciones, de lenguaje y de costumbres.

Magdalena, que no parece haber sido la prostituta, que generalmente se cree, ⁴ sino solamente una mun-

¹ Hecho indudable y también igualmente verosímil bajo el punto de vista de la historia profana. Esos parientes del emperador no se arredaban en nada. ¿Pues acaso no se había visto, algunos años antes, á la mujer de Germánico, Agripina, tomar en ausencia de su marido, el mando de las legiones, impedir así la ruptura de un puente del Rhin y dirigir una arenga á los soldados, al momento que marchaban contra el enemigo. (Tácit., *Anal.* I, 69.)

² Una de las que fueron al sepulcro el día de Pascua para embalsamar á Jesús.

³ Otro galo, de Asia, probablemente, como parece indicarlo, las funciones de ecónomo que tenía en casa de Herodes.

⁴ ¿Cómo la rica y respetable familia de Lázaro y de Marta hubiera tolerado la presencia en su hogar, de semejante mujer? Por lo demás las palabras "in civitate peatrix" sobre las cuales se apoya esa opinión injuriosa no significa "cortesana" sino "inde vota" ó "pagana". Para los judíos, el pagano era el pecador por excelencia y no había crimen más grande que no ser judío. Por esto es, que, entre ellos, el dictado de "pecador" ó "pecadora" designaba sobre todo al pagano y por atención á la judía cuyas relaciones parecían demasiado paganas. Diferentes pasajes de los capítulos V, VI y VII de San Lucas, no dejan duda sobre este punto. El epíteto de "pecador" era

dana de costumbres fáciles y de una vanidad estrepitosa, frecuentaba ese centro brillante y alegre. Por su mediación, Jesús y María su Santísima Madre hubieran podido encontrar un círculo de amigos. Mas tarde, las leyendas ya no nos engañarán, cuando nos muestren en Berónica á una amiga íntima de la Virgen María, ¹ y concebiremos, en medio de aquel odio é indiferencia generales, la presencia de ese grupo de mujeres piadosas, más creyentes y más valerosas que los mismos apóstoles, que acompañaron al Calvario é iban después al sepulcro á ver á Aquel del que habían obtenido además, gracias especiales y milagros excepcionales. ²

Y comprenderemos sobre todo, lo que quedaría sin explicación quedando fuera de nuestra hipótesis, por qué aquellas mujeres fueron á residir en las Galias después de la Resurrección del Divino Redentor.

Así, pues, Señores, aunque diversas leyendas hayan atribuido más *pátrias* á Berónica que al mismo grande Homero, la tradición que parece deber destruirlas á todas, es la que la hace nacer en las Galias, en la región de Bazad.

Gregorio de Tours ³ García, obispo de Bazas, ⁴ Ge-

usado como opuesto al de "hijo de Abraham," y todos sabemos, que los hijos de Abraham no eran, en aquella época al menos, gentes que fueran lo contrario de "pecadores" en la excepción ordinaria y general de esta palabra. Es, pues, bajo el sentido de "paganos" y no de "culpables" como es preciso tomar la calificación injuriosa: "amigo de los pecadores" dirigida á Nuestro Señor Jesucristo por los judíos. También le dirían: "Tú eres Samaritano." Nos es pues grato pensar que esos "paganos" de que Jesús ya era el amigo, eran en su mayor parte y principalmente los galos y las galas á los que debemos nuestro origen y nuestra fe.

¹ Luc., VIII, 2, 3.

² L. Dext. an 48

³ *De Gloria Mart.*-I, 12.

⁴ *Baptist., Salvat.*

rardo Dupuy, en su célebre crónica,¹ la hacen nacer en el territorio de la Aquitania; llegó á Jerusalém hácia la época de la degollación de San Juan Bautista. Gracias á las facilidades que le proporcionaron sus relaciones con la familia del ecónomo de Herodes, Chusas, pudo á costa de dinero obtener algunas gotas de la sangre del Precursor. Después de la muerte del Salvador, regresó á su país y construyó en su ciudad natal la célebre iglesia de San Juan Bautista. García² agrega un detalle muy característico, bajo el punto de vista que nos ocupa: «Retornó á ella—dice—en medio de sus numerosos amigos y compatriotas.» Y este detalle concuerda de un modo enteramente inesperado, con lo que refiere Ughelli, en la *Italia Sacra* monumento histórico, cuyo espíritu está lejos de ser favorable á las leyendas cristianas; de Pedro Subert, obispo de Papoul, Bernardo de la Guionie, obispo de Lodeva y otros, que todos nos la muestran arribando á las Galias, acompañada de los primeros apóstoles de nuestro país.

¿Qué era lo que la atraía á nuestra tierra? ¿Qué, lo que atraía á su esposo Zaqueo, vuelto á su nombre de Amadour? O bien sí, como lo dice Ughelli, ella y Zaqueo vinieron á Aquitania enviados por San Pedro

¹ *Chroni Vasal* cap. V.

² Manse su oium plurima comitante, *Bapt. Salvat*. Esta crónica remonta al principio del Siglo XII. Una tradición referida por los Bolandistas, según creemos, nos la muestra desembarcando en las costas de la Provenza, en compañía de Lázaro, Marta, Magdalena, etc. Este detalle, que otros documentos más históricos contradicen, confirman, sin embargo, la existencia de los lazos que unían á los amigos del Salvador en una misma sociedad y para los cuales solo había un país en el mundo, después de Tierra Santa las Galias, donde casi todos se fueron, una vez muerto el Divino Redentor.

¿por qué el príncipe de los apóstoles les designaba de preferencia esa región, sino porque poseían el idioma que ahí se hablaba y se encontraban como en su propia familia?

Es incontestable que Berónica evangelizó la Aquitania; es, por otra parte, difícil, ó por lo menos gratuito, admitir que ella hubiese recibido el don de lenguas, como se ven forzados á pretenderlo los que vacilan en darla ese origen galo, y que no obstante reconocen que predicó la fé de Jesucristo en la lengua de nuestros padres.¹

Verosímil es, por el contrario, que su marido Zaqueo obtuvo las altas funciones de príncipe de los publicanos, especie de recaudador general, á causa de su origen galo y de sus afinidades, ya sea con la familia de Pilatos, sea con los *gens* imperiales, conforme á las explicaciones que os he dado antes.²

Por lo demás, Señores, fijaos en esto: Berónica no podía ejecutar la acción atrevida y tierna que la ha inmortalizado, que en tanto que era una alta y poderosa matrona que estaba en buenas relaciones con el gobernador, Tal vez siendo una simple mujer hubiera tenido el valor de romper por medio de la multitud y desafiar á los soldados para auxiliar al Divino Maestro. Mas seguramente que esos mismos soldados, poco sufridos por naturaleza, y que acababan de hacer pagar caro al Cirineo su simple actitud compasiva para con el Salvador, no hubieran dejado á Berónica llegar

¹ *Santa Verónica*, apóstol de la Aquitania. Tolosa. *Apéndice al cap. VII.* ¿En qué lengua predicó Santa Verónica la fé?

² Véase Mommsem, *Ans. Rom. Organix funduciene.*

hasta El, si algún prestigio no la hubiera protegido contra la brusquedad é insolencia bien conocidas, de aquellos.

Un momento más, Señores, un poco más de paciencia os pido y llegaremos al término de nuestras investigaciones históricas.

¿Se puede afirmar, ó por lo menos, sostener que los soldados de la Pasión eran galos?

Sí, Señores.

Desde que el elemento galo componía en tan gran proporción el ejército de ocupación romana, hubiera sido preciso que Pilatos se hubiera propuesto deliberadamente descartar á éstos, para que sus cohortes, —ya se trate de la guarnición de la Antonia, ó de su guardia personal, no estuviesen tan provistos de ellos. Ahora bien, Pilatos no solamente no tenía por qué descartarlos; pero por el contrario, todo lo inducía á escoger de preferencia á esos soldados distinguidos, para los puestos más peligrosos ó más honoríficos.

La situación de Jerusalém, durante las fiestas de la Pascua tenía lo uno y lo otro.

La *gala* Claudia, no hay que dudarlo, dirigía los favores de su marido hácia sus compatriotas. Por otro lado, Pilatos no tenía razón alguna para no escoger soldados que lo custodiasen mejor. No habréis olvidado que la *Legio Gallica*, estaba en Siria á la disposición del gobernador y comprenderéis entonces sin esfuerzo á dónde debían de dirigirse, bajo todo punto de vista, las preferencias del gobernador romano.

Un documento doble viene, por lo demás, á cambiar nuestras probabilidades en una cuasi certidum-

bre. San Mateo que debía en su calidad de Israelita fijarse en los detalles de esta naturaleza, pues que constantemente los tenía bajo los ojos, nos indica de un modo preciso, que los soldados se befaron de Nuestro Señor Jesucristo. «Entonces—dice el Evangelista—*los soldados del gobernador*, tomaron á Jesús del «Pretorio y habiendo reunido á toda la cohorte, lo «despojaron de sus vestiduras y lo revistieron con una «capa escarlata etc., etc.»¹ Estos son los mismos soldados que de ahí á poco lo crucificaron. . . . «Después «de haberse burlado de El. . . . lo llevaron para crucificarlo.»²

Eran pues, soldados de Pilatos.

¿De qué país eran?

La respuesta, Señores, ha sido dada por el principal de entre ellos, y concuerda con los datos generales de la historia, que acabo de indicaros.

Un manuscrito de la más remota antigüedad³ nos muestra á Longino jefe de esos soldados, hablando con el gobernador de Capadocia, Octavio, quien le pregunta:—«¿De qué país eres?»

Y Longino responde:—“de Isauria.”—Ahora bien,

¹ Mat., XXVII, 27.

² Ibid., ibid 31.

³ Rolland; XV, Mart, Act. I. *Long mart.* La verdad nos obliga á reconocer que se encuentran algunas graves inexactitudes en ese manuscrito. Así, por ejemplo, se dice en él que Longino y sus soldados, fueron nombrados para custodiar el sepulcro del Salvador, antes de la Resurrección ¡que rehusó el dinero que los judíos le ofrecieron para mentir, afirmando que los apóstoles habían sacado furtivamente el Sagrado Cuerpo del Hombre-Dios, ¡dinero que los otros soldados aceptaron. San Mateo (C. XXVII, 65) nos dice formalmente que los príncipes de los sacerdotes habían ido á pedir centinelas romanos á Pilatos, y que éste rehusó diciendo: “Teneis guardias vuestras, ¡idos!” y agregó con acento de desprecio: “vigilad como sabeis hacerlo!”

para nadie es dudoso que la Isauria estaba en esa época poblada por los galos.¹

No hay pues, temeridad en afirmar que nuestra raza ahí estaba también. Muchos datos históricos á los que todo el mundo da crédito y que se consideran, erróneamente, como comprobados y superiores á toda discusión, no se apoyan en documentos tan probantes y tan claros como aquellos.

Llegamos, por fin, Señores, á la parte menos árida de esta conferencia. Hemos intentado fijar la nacionalidad de cada uno de los personajes que nos interesan. Vamos á tratar ahora de estudiarlos en los diferentes episodios en que aparecen, y estoy muy persuadido de que encontraréis como yo, los seguros caracteres de raza nuestra.

II

Desde luego, Señores, y en la hipótesis de que los soldados que ejecutaron á Nuestro Señor Jesucristo, eran galos; dejadme destruir una sospecha, que no podemos dejar flotar sobre la memoria de nuestros antepasados.

Recordad aquella abominable escena que inauguró la Tragedia del Calvario: la escena del beso en el Huerto de Gethsemani. ¡Qué cuadro más inmundo en la historia de la humanidad! Una turba compuesta de los criados del templo, armados con palos y llevando

¹ Marq. *Ant. Rom.* I, II, Dion Casio LIII. 26 Cfr. Fouard, San Pablo C. II, Galacia.

linternas cuya luz mortecina, rojiza y siniestra parecía hacer más horrible la cara pálida del jefe que la conducía; almas viles y rastreras en las que habían descendido como en una sentina los ódios del Sanhedrín; bestias á la vez medrosas y feroces que habían esperado las tinieblas de la noche para cometer su atentado; bandidos conducidos por la traición y espolcados por el temor de ser sorprendidos; todo eso formaba escolta del sér más vil de la humanidad, Júdas, en el momento en que éste ejecutaba el acto más inícuo de su vergonzosa vida!

Existe, Señores, un error, que pudiera hacer creer que los soldados del imperio tomaron parte en ese odioso suceso.

Verdad es, (dejádme que os lo diga, porque hoy es el día en que es preciso pensar en lo horrible de los pecados y en que debemos arrepentirnos); verdad es, que en nuestra calidad de pecadores estábamos todos ahí!

Verdad es que el alma de Júdas era en ese instante como el alma de todos los culpables, sobre todo de aquellos que persisten en ofender á Jesús, después de todos los testimonios que nos dió de su amor; verdad es que si los labios que dieron á Jesús el beso mortal, fueron los labios de Júdas, la perfidia que ocultaba ese ósculo, tenía su fuente en todas las hipocresías humanas. Verdad es todo esto, Señores, y como pecadores debemos arrepentirnos, tanto más, cuanto que el crimen en que todos tomamos parte, suscita indignación más amarga en aquellas de nuestras almas que más heredaron la generosidad y lealtad de nuestros ante-

pasados los galos. Pero en fin, creo poder afirmar en favor del honor nacional y de la dignidad legítima de nuestra raza, que no estuvimos en el Jardín de los Olivos y que no pusimos los piés sobre las huellas que dejaron los de Júdas.

Y tenemos necesidad de afirmar esto porque San Agustín, cuya palabra es tan respetable y grave, dijo que: «la cohorte que aprehendió á Nuestro Señor Jesucristo no era judía, sino que estaba compuesta de soldados del Pretor.» Ya veis, Señores, las consecuencias de esta afirmación de San Agustín: si los soldados eran galos, éstos pusieron la mano en la sórdida tarea de Júdas.

Pues bien, ¡no! no estuvieron ahí! Los soldados de la Torre Antonia no pudieron ser los designados para obrar en un negocio del que el gobernador romano no tenía conocimiento; no podían formar parte de una expedición de malhechores, que no tenían terror más grande que el que les inspiraba la idea de ser vistos por los centinelas romanos: el soldado galo era brutal, grosero, pero no vil. Por otra parte, los príncipes de los sacerdotes tenían á su servicio todo un cuerpo de milicias de circuncisos encargados de su custodia personal y esta banda de judíos mitad polizontes, mitad sacristanes, fué la que acudió á presenciarse el beso de Júdas.

Además, un incidente muy característico, ha demostrado suficientemente el nivel moral y el grado de

¹ Tract. CXIII, citado por el R. P. Ollivier, que refuta enteramente al Santo Doctor *La Pasión*. Aprehensión de Jesús.

valor de que esos lacayos de los pontífices eran capaces.

Recordareis, Señores, la cólera de Pedro, que tan torpemente hirió á Malco, cortándole una oreja. No vacilo en afirmar que si los soldados galos hubiesen estado ahí, Pedro no hubiera salido limpio de esa aventura y tal vez no hubiera podido llegar á ser un día, el primer padre de nuestra fé. Sabemos por la historia que nadie era menos sufrido que los galos. Cuando la invasión de Breno en Roma, el año de 390, un galo tiró de las barbas á un consular. Este le pegó con su bastón de marfil. Por este bastonazo los ochenta consulares romanos que representaban heroicamente la majestad de la República, fueron todos asesinados, sin que quedará uno solo vivo. Hé ahí, Señores, como se comportaban los galos. Yo no elogio la violencia: no hago la apología de la venganza y de la ferocidad; pero no puedo dejar de pensar que existen hoy creyentes demasiado resignados ante ciertos ultrajes dirigidos á su fé y digo: «falta por falta, prefiero yo hijo, de los galos, ser el heredero de «los que devolvieron estocadas por bastonazos, que «el hermano de los que contribuyeron á ese acto odiosísimo del beso de Júdas.»

No estuvimos en el jardín de los Olivos. No nos encontramos pues, por tanto, entre ese cortejo siniestro y medroso que arrastró á Jesús á pasos apresurados al antro de los grandes sacerdotes. No estuvimos en esa mansión maldita de Anás y de Caifás, en donde ni una sola voz se levantó para socorrer al "pobre Jesús," como dice Bossuet, que fué oprimido, burlado, aban-

donado por los suyos y negado por aquel que sin embargo le había sido tan amado!

¿Por qué somos pecadores tan incorregibles y endurecidos? Podemos asegurar ésto porque podemos decir de un modo general y absoluto que nada tuvimos que ver en los furores de aquellos energúmenos, que tan ignominiosamente abusaron de su fuerza y de su seguridad para hundir al inocente llevado por un traidor á sus cubiles!

En fin, Señores, es al menos un consuelo pensar que la sangre que circula por nuestras venas, reprueba todas esas vilezas y que podemos apelar á la nobleza de nuestra raza, para encontrar en ella un recurso de más contra la invasión del pecado, el horror mayor de un mal cuyo resultado es asociarnos á las infamias cometidas en la Pasión.

Apresurémonos ya en llegar á la casa de Pilatos.

Ya sabéis, Señores, cuan despreciable fué la actitud de ese hombre! Nunca la autoridad romana, el poder y la superioridad de un conquistador, tuvieron una ocasión más bella y más grande para defender á la justicia y á la virtud. Cuando Pilatos vió llegar á su presencia al Divino Maestro, dulce y tranquilo, á pesar de las tristes apariencias del acusado, no pudo equivocarse sobre su verdadero valer. Aquel hombre con sus vestiduras en desórden, cubierto de polvo, maniatado, que arrojaban á su tribunal, le aparecía indeciblemente superior á la turba de rabiosos que iba á pedirle que muriera, con gritos que el furor ahogaba. Y ahí, una vez, mas el derecho sucumbió. Pilatos indeciso, vacilante, mirando claro del lado de la

justicia y cediendo no obstante á la violencia de turbas que despreciaba, no sabia siquiera defenderse. Las escenas de la casa de los pontifices iban á reproducirse y tanto más odiosas, cuanto que la majestad romana les agregaba el servilismo de su grandeza.

Entonces intervino una mujer.

Esta mujer, Señores, fué nuestra Claudia Prócula.

¿Seguiría desde alguna ventana de la casa del Pretor, las escenas del drama que se desarrollaba; estaba informada de lo que ocurría en aquel momento, por algun servidor complaciente? Poco importa ésto. El hecho es que no pudo contenerse. De un modo muy femenino, y que nos prueba que las debilidades del espíritu tienen en sí mismas algo de respetable y de grande cuando se inspiran en la generosidad del corazón, Claudia intervino. Envió á decir á su marido: «No os mezcléis en la muerte de ese justo: he tenido esta noche horribles pesadillas á propósito de El.»¹

Observad, Señores, que en ese instante, la triple negación de San Pedro llenaba aún los oídos y el corazón acibarado del Divino Maestro; desde el principio, el torrente de calumnias, de imprecaciones, y de injurias, no se había contenido: era, pues, la primera palabra de simpatía, la primera voz amiga que se dejaba oír desde el momento que el infame proceso del Hombre Dios había comenzado. No os diré que fué ésta una palabra valerosa; pero os he mostrado hace poco, que fué una intervención osada. En el momento en que, en la persona de Pilatos, el último recurso, la so-

¹ Mat., XXVII 19.

la autoridad capaz de salvar á la víctima, flaqueaba, la hija de las Galias más firme que él, más fiel, y, á pesar de su inferioridad femenina, más resuelta, más absoluta, le decía con esa precisión que parece ser la propia de todas las sugerencias de la conciencia:— «¡No te mezcles para nada en ese asunto!»

Este aplomo de la mujer que no teme reprender ó aconsejar en tan graves circunstancias, es bien *gala*, señores. Los galos, casi los únicos entre los pueblos de la antigüedad, habían sabido conceder á sus esposas un lugar honorable y digno en la sociedad común. La mujer *gala*, no conocía la servidumbre y la sumisión de sus semejantes, condenadas por todas partes á la más abyecta de las situaciones. Tal parece que la Providencia preparaba desde lejos, las nobles misiones y las alzadas actitudes de esas mujeres que se llaman hoy las mujeres francesas. Si no os sonreis os recordaré la frase tan exacta de Mirabeau, que dijo á propósito de Luis XVI, el infortunado monarca: «El rey no tiene mas que un nombre, es . . . su mujer!» Ha sido así frecuentemente en nuestra historia. Es de notarse el ver que el solo país donde, según la ley «gálica»—el cetro no cae nunca en huso, es decir donde no reina la mujer, sea también el país, donde moralmente hablando, en que más ha reinado. Con esa santa é inteligente osadía que hizo cabalgar á la mujer hasta en la hacnaca de Juana de Arco, ha trabajado en admirable proporción por la honra y prosperidad de esta hermosa nación que debe tantos rayos deslumbrantes á nuestras madres, á nuestras esposas y á nuestras hijas. Ahora bien, estudiad la historia

de las mujeres de Francia y veréis que todas son tanto más sublimes en aquella noble y fecunda misión, cuanto más se parecen á la digna y generosa Claudia Prócula.

A propósito de ésto, permitidme, señores, que lo diga de paso, si muchos de entre vosotros escuchasen menos á la mujer para la que el Cristo nada significa, y prestasen más el oído á la voz de las *Claudias Próculas* que la Providencia ha colocado á su lado, estoy seguro de que su conducta sería más digna y recta y de que pasado mañana no se quedarían vacíos los lugares en ese banquete Pascual al cual estais todos invitados.

Pilatos se lavará las manos. Claudia con el corazón lastimado y el espíritu contristado, no tendrá ya más misión que llorar la muerte del justo, y de orar, á fin de que el que no ha sabido conceder la justicia obtenga al menos perdón. Entre tanto, la flajelación ordenada por el gobernador, se ejecutaba.

Es preciso, Señores, que me apresure á terminar, pues temo en verdad, haber abusado de la atención admirable con la cual habeis querido escucharme. Os atormentais ahora con la idea de que, si hemos dicho lo cierto, ha poco fueron manos de galos las que empuñaron los instrumentos que hicieron volar en giros la carne redentora de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Ah! sí: muy doloroso es pensar en esto! No obstante, nosotros somos aún más culpables de todas esas violencias, por causa de nuestras debilidades y sensualismo de cada día, porque sin éstas, Jesús no hubiera tenido que padecer tan doloroso suplicio. Sea lo

que fuere, bajo el punto de vista de ese crimen de nuestra raza, no estamos tan lejos de haber si no merecido si obtenido al menos alguna indulgencia. Con ocasión de sus sufrimientos atroces, Jesucristo dijo para todos sus verdugos y para nosotros todos: «Señor, perdónalos, por que no saben lo que hacen.»¹ Y el apóstol de los gentiles, nos absolverá si no de las violencias cometidas, por lo menos de toda inculpación de deicidio: «Si lo hubieran conocido—dijo—no lo hubieran crucificado.»²

No es por tanto menos cierto que la falta, por lo menos materialmente, fué cometida. Los soldados creían tener en su poder á un judío: es por esa causa por lo que le golpearon sin piedad, pues los judíos de aquella época, eran ya para los gentiles una raza para la cual no tenían mas que desprecio mezclado de execración y cuando lo azotaban despiadadamente, creyendo que solo desgarraban el cuerpo de un miserable contra el cual podían desplegar su ferocidad natural, flajelaban de hecho al hijo inocente de la inmaculada María.

Señores, los antisemitas, permitidme que os diga esto: Si creéis que el judío moderno es el enemigo de la Francia y de la Iglesia, os es perfectamente permitido hacerle una guerra leal y defender así el patriotismo nacional, en cuanto creáis que está comprometido. Pero ¡tened cuidado! no está permitido faltar á las leyes de la caridad y pasar la medida de las reivindicaciones justas, aun cuando seais antisemitas y

¹ Luc., XXIII 34.

² I Corin., II 8.

sea un judío el que provoqué vuestras justas represiones. Es preciso que no os olvideis de esa escena de la flajelación, y no olvidar que violando los preceptos evangélicos, en vano se creará que solo se hiere á un judío, pues á través de éste puede suceder muy bien, que lastimeis á la caridad, es decir, al mismo Jesucristo.

Veámos ahora, señores, las escenas que van á sucederse hasta el fin, revistiendo un carácter de grandiosidad cada vez más intenso, amplio y sublime.

Los soldados, [semejantes hechos están de acuerdo con el temperamento irónico y burlesco de nuestra raza,] se aprovecharon de la ausencia prolongada del gobernador para befasarse de la víctima. A ese "rey de los Judíos" van á darle su investidura, procediendo á su coronación. Tejen una corona de espinas y la colocan con fuerte impulso en la cabeza del "reo", toman un harapo rojo y lo hechan sobre sus hombros, recojen una caña y la colocan entre sus manos. En fin, habiéndolo abofeteado, doblan las rodillas ante El y proclaman su realeza entre carcajadas estruendosas: "¡Salud, rey de los judíos!"

Tanto cuanto esas befas vistas de cerca eran iníquas y vergonzosas para sus autores, tanto vistas de lejos, después de diez y nueve siglos se tornan solemnes y significativas.

Sí, señores, los soldados galos, sirviéndome de una expresión empleada en otro sentido por San Agustín, los soldados galos en ese momento "eran perfectos sin saberlo." Pasad una mirada retrospectiva sobre esa larga série de sucesos que nos separan del Pretorio y forman á manera de una larga avenida entre el Cris-

to burlado y nosotros y veréis, señores,—¡oh! no puedo evitar el sentir una profunda emoción al recordaros éstas cosas!—veréis á la raza francesa coronando realmente á Jesucristo y asegurando aquí abajo un reino terrestre á su Iglesia y á su fé. Desde la sangre que todavía humea en Mentana y Castelfidardo, pasando por Carlo-Magno, el heroico soberano de Occidente, harta Constantino, ese Emperador venido de las Galias, veréis á los descendientes de los galos trabajando por Jesucristo. Si Jesús lleva una corona aquí, si tiene un cetro, si está revestido de púrpura, si ha entrado en posesión de ese reino terrestre que le anunciaban las profecías, una nación, señores, una gran nación, fué el instrumento de esas maravillas; un pueblo sublime prestó para eso las tendencias de su genio siempre y su sangre algunas veces: es la Francia: cuyas actitudes divinas han sido constantemente la continuación pero ya no irónica ni burlesca, sino sincera de lo que hicieron en el Pretorio, los soldados que doblaban la rodilla ante el Cristo y le decían: "¡Oh rey! te saludamos!"

Dignaos solamente, en medio de los sentimientos de legítimo orgullo que debía inspiraros semejantes recuerdos, notar que la ironía, tan natural de nuestro carácter puede tornarse en peligro para nuestra fé. ¿Qué digo? . . . demasiadas veces nos ha conducido á profanar las cosas más santas y á los escándalos más deplorables. Menos refinada y menos sabia ya era, en el Pretorio, la risa de Voltaire la que se burlaba de Nuestro Señor Jesucristo!

.....

El cortejo ascendía la pendiente del Calvario. La Divina Víctima agobiada de dolores y de fatiga vacilaba á cada paso. Detrás de ella, algunas mujeres tímidas y dolientes, lamentaban aquellos sufrimientos. Al rededor de Jesús estallaban los ódios judíos y las crüeles imprecaciones de la soldadesca. Los golpes, las injurias, las blasfemias, las inmundicias, llovían sobre su santa humanidad. De repente, por un lado de la vía dolorosa se abrió la puerta de una casa. Una mujer de rostro noble que revelaba su emoción, avanzó llevando un lienzo fino en las manos. Ya os lo dije: Berónica debía ser una de las matronas de la alta sociedad de Jerusalém. Un momento reinó un profundo silencio: los soldados abrieron paso con respeto ante el ademán imperioso de la altiva y rubia hija de las Galias. Se acercó al Maestro con resolución, pero con timidez y le limpió el rostro de la sangre, el sudor y el polvo que lo cubrían completamente. En seguida se dirigió á su casa y entró en ella, sin que la tradición haya guardado otra cosa mas que la impresión del profundo respeto y admiración causada por aquel acto de piedad que ejecutó.

¿No reconocéis, Señores, en ésto, á una raza admirable, de mujeres, que en lo de adelante encontramos siempre en todas las vías por donde la humanidad doliente arrastra sus miserias, sus llagas y sus sufrimientos? ¿Quién, pues, lleva en tal grado como la mujer de nuestra patria, un corazón dentro del pecho, al que sin vacilar se puede aplicar aquella frase célebre: «fuerte como un diamante y tierno como una madre?» ¿Dónde están las que saben amar tanto á los

desdichados, para los que todo es duro é inflexible: la vida, los sucesos y los hombres? ¿Dónde la que amando de ese modo no tiene miedo de las bombas que surcan los campos de batalla, mide los horrores del contagio que en ciertas épocas cambian los hospitales en antros de la muerte? Bien comprendéis que para inclinarse ante esas mujeres no hay necesidad de decir cómo se llaman. Viven muy cerca de vosotros, las conocéis demasiado y os sentís demasiado orgullosos al poder llamarlas con el nombre de vuestras, no menos que con el nombre de nuestra raza:» Mi "hermana." Pues bien, un viento maldito de injusticia, que sopla sobre nuestra patria, pasa hoy sobre las cabezas de esas mujeres cuya caridad y virtud debían de ponerlas doblemente al abrigo de todas las ingratitudes. Sobre esta tierra marsellesa, donde Berónica, su modelo, debió dejar impresas las huellas de sus pisadas, la triste tentativa contra esas hermanas está en visperas de cumplirse. ¡Ah! si pudieseis, Señores, oponer al mal que triunfa el impulso de nuestros corazones generosos, justamente indignados! . . . Puedan los sentimientos de admiración, que experimentais en el fondo de vuestras almas por la heroica caridad de las mujeres cristianas y francesas, sin las cuales, los desdichados y desdichadas no encontrarían aquí abajo una palabra dulce de consuelo, un corazón tierno que los ame, puedan, repito, esos sentimientos irradiar de vosotros é imponer á todas las hostilidades cualesquiera que sea su naturaleza, el respeto por esas mujeres tan francesas y tan santas, que personifican la caridad.

Lleguemos por fin al Calvario. Trataré de abreviar aun cuando me restan las más grandes cosas que decir.

Desde que la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo fué el grande sacrificio auténtico y definitivo que la tierra ofreció á la justicia eterna, convenía que la nación romana, nación que daría su nombre á la verdadera Iglesia, lo ejecutase. Desde el momento que la Iglesia romana no debería vivir á través de los siglos sino de la generosidad del pueblo francés, convenía que aquellos soldados del ejército romano, perteneciesen por su raza, á la nación que debía de ser en la tierra el ejército del Cristo.

Los galos, según nuestra hipótesis, habían derramado la sangre redentora. Y esto fué por su parte más el desempeño de una función que un crimen. Bajo este punto de vista, la historia nos ha mostrado todo cuanto la conciencia nacional ha hecho para purificarse de haber cooperado al deicidio. Bien sabeis cómo, los caballeros *francos*, los inmortales Cruzados, fueron algunos siglos después á derramar su propia sangre en cambio, si se puede esto decir, de la sangre redentora. Ahí donde corrió la sangre del Cristo, por miedo de que los manchase como á las manos de Pilatos y á las frentes de los judíos, la sangre de los caballeros, la más pura, la más noble, la más generosa de toda la nación, corrió á torrentes. ¿No os parece que penetrándose esa armonía providencial se comprenden mejor las Cruzadas y que no hay para qué buscar sus problemáticos resultados?

Y si no estáis persuadidos, Señores, de que existe

esa profunda armonía, gracias á la cual encontramos al pié de la cruz, el principio ú origen de todos nuestros destinos, hé aquí todavía un detalle que concuerda admirablemente con nuestra historia religiosa.

Los soldados se repartieron las vestiduras del crucificado. Una vez hecha la división de los lotes, quedó la túnica. Todas las tradiciones reconocen en esa túnica el emblema de la unidad de la Iglesia porque esa túnica no tenía costura: «*inconsutilis.*»¹ Y he aquí lo que dijeron los soldados: «no la desgarraremos: *Non scindamus eam!*»

El porvenir respondió á sus voces y la Francia escuchará de la Iglesia, que es la realidad, la contraseña ú orden dada por los soldados galos, sobre la túnica, que fué el emblema.

Durante el largo transcurso de los siglos, las herejías de toda clase vinieron á tocar á la puerta de nuestro gran país. Aún más: algunos soberanos intentaron llevar el error religioso hasta el mismo trono y desgarrar así la inconsútil túnica de la Iglesia, separando del catolicismo á la nación francesa. Pero el espíritu del pueblo no olvidará jamás las palabras de los soldados del Calvario: «*Non scindamus eam.*» En verdad que esos ejecutores inconscientes de la justicia eterna, parecen ser todavía los profetas del Dios que enclavaron en la Cruz.

Parecía que comenzaban ya á comprender la inocencia, á entrever algún rayo de la belleza de la víctima. Un sentimiento vago de piedad cruzaba por sus

¹ Juan XIX, 23.

espíritus. Se burlaban aun, cierto es; pero observad, como en el fondo, comenzaban á ablandarse; Jesús con una voz de moribundo, murmuró: «*Eli! Eli!*» ¡Padre mio! ¡Padre mio! Los soldados dicen todavía unas palabras irónicas que Dios permitió, á fin de que estemos seguros de que no eran judíos. Si lo hubiesen sido no hubieran replicado [pues que hubieran comprendido]—diciendo:—«Llama á Elías; veremos si viene Elías á libertarlo.» Provocada esa frase, signo indudable de su nacionalidad, oyeron inmediatamente después que el divino agonizante, dejaba escapar de su boca seca y ardorosa ésta dolorosa queja: «¡Tengo sed!» Y hé aquí, que un soldado ya no pudo contenerse. San Juan, el apóstol de los corazones tiernos, anotó la prisa con que aquel verdugo, tornado de repente en auxiliar: «*Currens accepit pongiam:*» Corrió y se dió trazas para que llegase á aquellos lábios ardientes un refrigerio. Tomó una esponja, la empapó en la bebida acidulada que para su propio uso habían llevado los soldados, la puso en la extremidad de una caña y proporcionó de ese modo al mártir moribundo el último consuelo que recibió en ésta tierra maldita, en el seno de la ingrata humanidad.

Así pues, Jesús se acordará de que si debió aquí su primer brevaie á la ternura de su Santa y virginal madre, recibió el último de la piedad de los galos!

Y ahora, Señores, mi fe se conmueve y mi patriotismo se perturba pues tanto así, la última palabra en esa tragedia pronunciada es penetrante cuanto sublime. En el instante en que Jesús lanzando su supremo clamor rindió el último suspiro; en los mo-

mentos en que la naturaleza aterrorizada se estremeció; en medio del desorden y del terremoto universal, bajo el cielo cubierto de tinieblas, ante la multitud estupefacta ó presa del pánico se elevó una exclamación solemne, una palabra inmortal que fué como el eco de aquel trastorno inmenso «*Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!*»¹ Así, el grito de victoria se escapaba de las sombras de la muerte; así la explosión de la fé respondió al fin cual un clamor triunfal á las antiquísimas, múltiples é impacientes profecías del pasado! Así, la divinidad del Cristo fué proclamada por la vez primera, en una declaración de las que todas las demás declaraciones solo serán la repetición.

Ahora bien, ¿sabéis en qué lengua fué formulado ese grito inmortal?

Recordad que Longino venía de un país poblado por los galos y que cuatrocientos años después, se hablaba en ese país el idioma de nuestros padres!

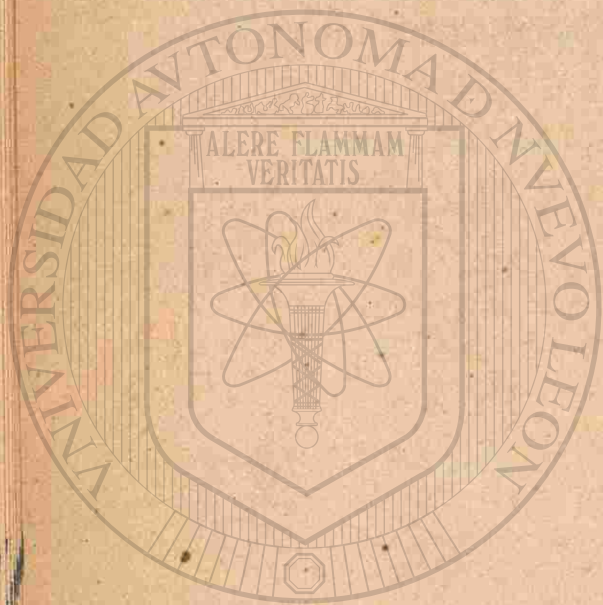
Solo me quedan unas cuantas palabras que deciros. No habréis olvidado, Señores, la célebre exclamación del rey Clodoveo, cuando San Remigio le refería los sufrimientos y humillaciones queapuró el Hombre-Dios. Ese hijo indómito de una raza que mezcló su sangre á la de los galos, al oír esa narración que mostraba la inmensa injusticia cometida, llevando la mano á su espada, lleno de indignación dijo: ¿Dónde están mis francos?

Me parece que, desde lo alto de su gloria, cuando

¹ Mat., X VII 54.

el Crucificado contemple la frialdad religiosa y las apostasías que no tardarán en ser la deshonra de nuestra raza, si Dios no pone remedio, se acuerda de Prócula, de Berónica, de aquellos que saludaron proféticamente su realeza; de aquellos que respetaron su túnica; de los que lo refrescaron en su agonía y del Centurión que proclamó su divinidad, y que entonces diga también: ¿«Dónde están mis galos?»

FIN



LAS SAMARITANAS

SERMON DE CARIDAD,
PRONUNCIADO EN LA IGLESIA DE LA CARIDAD
EN LYON,
EL 17 DE ENERO DE 1893.

Non est mortua puella
¡Esta joven no está muerta!
(Mat., IX, 24.)

Conocéis bien, mis muy queridos hermanos, la hermosa página del Evangelio de la que tomo este texto. Van á avisar á Jesús que una jóven, conocida en la ciudad y amada de todos, se encuentra gravemente enferma. El Maestro se pone en camino para ir á curarla. Y hé aquí que, al encaminarse corren á su encuentro para advertirle que es ya tarde, pues la pobre jóven acaba de morir! Ya, los vecinos aflijidos, los amigos avisados, precipitadamente se han dirigido en masa hácia la casa visitada por aquella desgracia. ¡Ah! todo está perdido, todo ha concluido: nada queda de tanta juventud, de tantas virtudes: "¡ha fallecido ya!"

Jesús, no se perturba al ver aquella desesperación, sigue adelante, sonriendo, tal vez con aquella dulce sonrisa de la omnipotencia que sabe bien lo que hay y lo que va á hacer. Hace á un lado á las mujeres llorosas y á los parientes desesperados y penetra en la triste casa diciendo: ¡No: ésta joven no está muerta! "Non est mortua puella." Me parece, mis queridos hermanos, que una contradicción análoga se produce acerca de las desdichadas jóvenes que llamais Samaritanas, y en interés de las cuales, nos encontramos hoy reunidos aquí.

Desde el punto en que la virtud de una joven ha caído, ó mas bien, desde que su deshonor se hace visible, la sociedad pronuncia su exclusión irrevocable de la vida social y su destitución bajo el punto de vista del honor. Exclama con ese implacable acento de austeridad que es el propio de la hipocresía—«¡está muerta!»—Todo ha concluido: ya no hay lugar para ella en la sociedad que se respeta: ya no tendrá parte en los goces honestos del hogar: ninguna esperanza de rehabilitación le queda. "Está muerta y solo nos resta enterrarla bajo el desprecio público."

¡Así discurre el mundo!

Felizmente—y sea por esto bendito el Evangelio!—frente á frente del mundo se levanta otra sociedad. Se encuentran ciertas almas, y esas almas son las vuestras, Señoras,—que protestan contra semejante crueldad, y no quieren la muerte del pecador. Y decís vosotras: "no, no está todo perdido irremediabilmente en la existencia de esas desdichadas. No son de aquellas que hacen del vicio su pan cotidiano. No han

"dicho á la corrupción, según la enérgica frase de las "Escrituras:—«¡te pertenezco!»¹ Están en su primera "falta: falta en la que la seducción, la ignorancia, el "candor, tienen frecuentemente tanta parte y tan grande. Ahora se arrepienten. Grandes deberes que cumplir en su próxima misión maternal las esperan y "ahí donde hay grandes deberes que llenar, hay lugar "para ejercer grandes virtudes. En fin, nosotras creemos en la virtud y en el poder de la caridad; ² las "tendéremos la mano, les abriremos las puertas de los "tesoros del Evangelio. Puesto que les queda todavía "sed de honradez y de virtud, las conduciremos al "pozo de la Samaritana, cerca del cual corren todavía las aguas que brotan hasta la vida eterna. ³ Las "volveremos así al camino de la honra, convirtiéndolas á Dios. En verdad, lo afirmamos, con el Divino "Maestro: ¡esas mujeres no están muertas! «Non est "mortua puella!"

Hubiera querido, hermanos míos, para dar más autoridad á este programa de misericordia, rendir al pasar un saludo en homenaje á la caridad y á las virtudes de las que han emprendido realizarlo. Se me rogó con instancias que no lo hiciese: me someteré, pues, á ese deseo, cuya modestia merece un elogio de más, y me consolaré del silencio que se me impone, reflexionando que la generosidad, la fé y la abnegación de los iniciadores de «La Samaritana» no necesitan de mis humildes elogios, ni para alentarse, ni para ser conocidos.

¹ Job, XVII, 14.

² Juan IV, 16.

³ Juan, IV, 14.

* * *

Con respecto á la mujer que se hace madre fuera de la ley moral, el mundo es tan bestialmente absoluto, cuanto cabe en lo posible. Nunca dice: fué engañada, es débil, es miserable; solo dice: ¡está muerta!

Y esto, en la intención mundana, no es tan solo una observación sino también una sentencia.

Pues bien, hermanos míos, esta sentencia en el sentido que le dá el mundo, en las condiciones en que la pronuncia y en razón de la ejecución de que será seguida, esa sentencia es una palabra abominable!

Y para probaros esto, para hacer que detesteis ese farisaismo, tanto mas cruel cuanto que nace de los espíritus más corrompidos, me bastará mostrar la parte de responsabilidad que recae sobre el mundo, por la caída de nuestra madre Eva.

¿Qué es el mundo?

Una sociedad.

Una civilización.

Un poder.

* * *

¿Que es lo que la sociedad ha hecho por las Samaritanas? ¿En qué ha socorrido sus necesidades, protegido su debilidad, alentado sus virtudes? Porque, en fin, solo tiene derecho para mostrarse severo, aquel que ha hecho beneficios: solo puede condenar el que ha agotado toda su bondad, toda su caridad, para evitar

la falta cometida. Pregunto yo:—¿tiene la sociedad premios para la virtud, tiene piedad de los débiles que la miseria ha orillado á sucumbir? ¡La sociedad! —En ninguna época del cristianismo ha merecido tanto como en nuestros días, estos dos estigmas que le infligió San Pablo, cuando se revolcaba aquella en el cieno del paganismo: «*absque foedere, sine misericordia*»¹ ¡sin equidad, sin entrañas!

¿Dónde está, decidme, bajo el punto de vista especial de la moral y de la virtud, dónde está la equidad social? ¿A quién da la sociedad la fortuna y con ésta todas las comodidades y honores? Bien sé que se llega á veces á la fortuna aunque se sea virtuoso: si fuera de otro modo, la mayor parte de los que me escuchan no tendrían á la hora de ésta, entre sus manos, los bienes de que tan excelente uso hacen. Mas hecha esta salvedad ¿para quiénes son, hablando generalmente, las grandes prosperidades? Si pudieseis ver juntos al entrar á una misma carrera y dotados de una inteligencia igual á un buen cristiano y á un bandido ¿dudaríais siempre en designar á aquel de esos dos, que tendrá la mayor probabilidad de llegar á todas las fortunas, inclusive la fortuna política?

No insistiré en esta apreciación general: me basta que sea verdadera, y saco esta conclusión que no hay en esta sociedad mundana premios para la virtud, es decir: protección alguna: ¡al contrario!

Entre tanto, los que son débiles, tímidos, poco armados para sostener los terribles y heroicos comba-

¹ Roman, I, 31.

tes por la moral, se ven obligados, si son pobres, á arrojar en medio del torbellino social y á descender á esa arena inícuca; á plegarse al abominable orden de cosas, pues que están precisados á ganarse el pan. En las Santas Escrituras, se llama frecuentemente al pan que se gana, "alma," y ésta palabra encierra una profunda verdad, bajo el punto de vista que nos ocupa: mientras más precaria es la existencia de los desdichados, más se ven expuestas sus almas á todo género de peligros, más tienen que someterlas á abrumadoras labores y más tiranías pasan sobre sus espíritus.

Mirad lo que pasa con las infelices mujeres por las que aquí nos interesamos.

La sociedad les abre, principalmente, las puertas de tres carreras en las ciudades: les brinda tres empleos distintos, gracias á los cuales les será posible vivir, es decir, tener un poco de pan: el taller ó la fábrica, el almacén y la domesticidad. Ahora bien, ¿qué es lo que las espera en estos tres empleos? La fábrica, —¡oh, no quiero ser injusto! Hay patrones cristianos, que ven en el *cuerpo* de la obrera, algo más que una máquina, y conocen el precio inestimable de las almas, aún bajo la pobre vestimenta del jornalero; pero hay muchos otros que no piensan así y á éstos son á los que me refiero. Pues bien, digo que con estos últimos, el taller ó la fábrica, es casi siempre bajo el punto de vista moral, el más abominable pandemonium que se pueda imaginar. ¿Creis que ahí solo se fabrican objetos manufacturados y que se contentan con trabajar la madera, el fierro ó las fibras téxtiles. ¡es un error! lo que principalmente se labra es la desmoralización y

el pecado: algunas almas inocentes, algunos corazones puros entran ahí, de vez en cuando, para salir á veces inconocibles de corrupción y de cinismo. Mientras que la materia inerte es trabajada ahí por el hombre, la materia divina es trabajada por el inferno. Basta encontrarse diez años después de haberlas preparado para la primera comunión, con multitud de jóvenes que han permanecido en los talleres ó fábricas, para reconocer y saber cuan dolorosamente cierto es lo que dejamos dicho.

¡Es una ley esa! Existe ahí una corrupción *ambiente* que obra sobre el organismo moral; como hay gérmenes infecciosos que deterioran nuestro ser físico. Ahí, sobre todo, donde la acumulación es compacta, la atmósfera se vicia más intensamente. Bossuet decía: "muchos hombres son insensatos y perversos; pero el mayor mal consiste en que nadie quiere ser insensato ó perverso aisladamente, y hace cuanto puede por estar acompañado." Tal es la ley nefasta de los colegios sin Dios, como también de todas las otras asociaciones. ¿Por qué queréis que no sea lo mismo en los talleres ó las fábricas?

Mucho se ha dicho y con razón, de los peligros que podían correr en los cuarteles las almas de los seminaristas.

Se ha demostrado cómo, aún en un corazón estrictamente conservado puro, el nivel tan alto de la perfección y de la pureza sacerdotal estaba expuesto á bajar en las almas de los levitas, obligados á vivir en las cuadras de los cuarteles. Vosotros sabéis que no hay exageración en esos temores. Mas entonces, de-

cidme, ¿qué se debe pensar de los riesgos que correrá una pobre muchacha del campo, que entra repentinamente en pleno foco de corrupción? Cierto es que el seminarista llega al cuartel con la inconstancia relativa de su edad y la efervescencia de sus veinte años; pero ¡qué superioridad de inteligencia, que vigorosa instrucción, qué armadura espiritual tan resistente, le proporciona una educación completa, cuyo fin ha sido hacerlo fuerte contra el demonio, contra el mundo, contra los espíritus y caracteres que lo rodean! La infeliz jóven arrojada á menudo léjos de sus padres, en medio de las corrientes impuras que deshonoran á las grandes ciudades ¿qué posee de todo esto?

Sin duda tiene su religión, el recurso de la oración al que crea la blancura de los lirios y la castidad de las vírgenes: puede, pues, luchar y vencer también. Pero si llega á vacilar en medio de esa atmósfera infestada que tiene por fuerza que respirar, entre esas sugerencias abominables que tiene que soportar, de ese lenguaje cínico, ante el cual su timidez y su debilidad lo desarmen, reflexionad que ese corazón era cándido y esa alma era ignorante y concededle una poca de piedad.

Rendid los homenajes de vuestra admiración á aquellas que se conservan puras, veneradlas como á santas, como venerais á esas vírgenes mártires, que los emperadores romanos condenaban á ser llevadas á lugares infames y salían intactas; pero para las otras, para las que cayeron y se arrepienten ¡ah!—no seais más severas que el mismo Maestro, y obrad con ellas [lo que es vuestra misericordia] la caridad!

* * *

La relajación de la sociedad solicita con mayor insolencia todavía á las pobres muchachas que ganan su vida trás del mostrador de los almacenes.

No quiero alargarme y voy derecho á los hechos: en el almacén ó tienda, escuchan las declaraciones, descubren las intrigas, cómo son los secretos de ese vasto sistema de iniquidades y de descarríos y gracias al cual, algunas mundanas llegan á cubrir con brillantes oropeles los misterios ocultos de sus fortunas.

Vosotras, Señoras, las que me escuchais, sois puras y honestas, pero á pesar de vuestra caridad sois demasiado inteligentes para no conjeturar siquiera, que existen esos miserables secretos del vicio vanidoso y de la coquetería sin costumbres. Sabéis mejor que yo, á qué precios de vergonzosos comercios, de estratajemas sin nombre, la seda y el terciopelo, envidiados, adornarán los cuerpos de mujeres que no tienen otra estimación que la que usurpan por su hipocresía. Sabéis que esas intrigas, sobre las cuales arroja un velo espeso y complaciente el mundo por lo que llama las conveniencias exteriores, sabéis, repito, que llega un momento, en que es preciso revelarlas á los mercaderes, á los proveedores de lujo. Llega un día siempre, en que es preciso confesarse á su mercader de modas y declararle cuál es la mano ilegítima que paga esas locas prodigalidades. Pues bien, entre el mercader y la mundana sin honra y sin pudor, se encuentra colocada la inocencia, la miseria, la envidia, tal vez, de la pobre dependiente, escandalizada, perturbada, y

tentada por tal espectáculo. Está obligada esa infeliz, cuya pobreza ha debilitado su espíritu, á presenciar, sin sentir vértigos el paso de ese torbellino de desmoralización. Es preciso que esa criatura de carne, á la que su misma virtud hace la vida más dura y más difícil, aprenda sin pestañear por medio de qué infamias se codician y se obtienen esas ricas telas que todo el día maneja y de las que está encargada de hacer resaltar el primor y el valor. Es honrada, sí, y por esto es que se encuentra ahí en una actitud respetuosa, obediente, casi suplicante, ante una miserable é insolente criatura cuya superioridad proviene únicamente de que no se detiene ante la vergüenza de tráfico alguno! ¡Ah! mañana cuando esa honrada muchacha haya caído, el mundo la arrastrará por el lodo, la despreciará y la condenará á morir de vergüenza y de hambre.

Pues bien, hermanos míos, oidme: nosotros continuaremos condenando el pecado; pero diremos á la pecadora: «Levántate.»

La reconciliaremos con Dios, le daremos nuestra estimación en pago de su arrepentimiento, mientras que continuaremos, sin aceptar jamás una reconciliación con él, á maldecir el mundo; á fulminar con nuestro Divino Maestro, trémulos de indignación: *Vae mundo!* ¡Maldito mundo! é infeliz de él á causa de sus escándalos, porque es por sus escándalos por lo que se pierden tantas almas inocentes!

* * *

Y ¿qué os diré, mis queridos hermanos, de la do-

mesticidad, de la condición servil, ahí donde el hogar no es cristiano, donde el desorden se revela sin atenuación y sin velos? Bien lo sabéis: en esas moradas donde la moral evangélica, huésped que no vive ahí jamás, el desorden brilla en toda su fealdad. Los criados de la casa, cuya envidia aguza la perspicacia y la malicia, saben todo, dan detalles de todo, lo comentan todo. Vierten en sus obscenos chistes de lacayo los desprecios y las injurias que vengan al resto de la sociedad de la hipocresía de sus patrones, y la pobre muchacha ahí está siempre: no basta que esté condenada á meter sus manos en el agua sucia y grasienta de la cocina, porque no hay oficio despreciable; sino que es preciso que su espíritu también sea sumergido, henchido del día á la noche, con todas las inmundicias morales, de las que contempla unas veces el espectáculo y otras escucha las narraciones! Y con todo eso, aún la supongo respetada por su amo, la supongo defendida por la humildad de su condición contra los deseos de los que la tienen en su poder. ¿Qué se pudiera decir, á qué discurso indigno de vuestros oídos, sería preciso lanzarse si quisiésemos medir el peligro en que la pone ese bajo instinto, al que la literatura ha bautizado con un nombre casi correcto y que se llama la «*pasión ansilaria?*»

Hé aquí todo lo que la sociedad ha hecho por esas infortunadas, que al día siguiente de su caída aplastará con su desprecio, con sus *pedradas*. Dios ha dicho al hombre: "ganarás el pan con el sudor de tu rostro." —No ha dicho: "lo ganarás al costo de tu salvación y de tu honra."—Lo que Dios no dijo, lo dice el mundo

sin avergonzarse, lo impone el mundo, y á las que van á pedirle el pan, no solo les pide en cambio su sudor, sino que les exige lo más á menudo, el sacrificio de sus almas. El pan escaso y trabajosamente ganado que les da, está comunmente envenenado, es un pan untado con corrupción! De este modo, el mundo parece parodiar las palabras del Creador, y decirles: "Comerás tú pan; pero al precio de tu inocencia, de la pureza de tu cuerpo, de tu salud eterna!

Véamos ahora, lo que el mundo en tanto como *civilización*, ha hecho por las Samaritanas.

Observad que, sin hablar de la *civilización* verdaderamente cristiana, cuyo ideal es el orden moral, ha habido civilizaciones paganas que tendían á elevar los espíritus y á desarrollar la virtud. Así la *civilización* ateniense, aunque muy corrompida tenía cierto culto por la verdad y lo bello, que hizo al pueblo griego superior á tantos otros pueblos; y á pesar de lo que se ha dicho, fué gran nación en el orden intelectual la que buscaba los refinamientos del espíritu y las delicadezas de la educación artística hasta en las cortesanas. Los espartanos duros y feroces, tendían por su austeridad y sus ásperas virtudes á la sublimidad del heroísmo. Los romanos ponían hasta en la opresión una altivez y una majestad que hicieron aceptar por el universo el peso de su autoridad y su férreo yugo. Aunque en todas partes, en esas civilizaciones se mezclase la corrupción, (porque cuando la sal, que es Jesucristo, falta al mundo, éste camina á una descomposición fatal), ninguna de ellas nos parece carecer de cier-

to ideal y grandeza. Mas pertenece á las civilizaciones modernas perder más y más toda ambición honorable y al mismo tiempo, todo elemento de conservación moral. Parece que Dios quiere castigarlas de su apostasía, por la cual se tornan al paganismo, condenándolas á más inevitable y más completa corrupción. Así es porqué nuestra *civilización* no parece tener mas que un solo objeto: hundirse en los goces materiales.

Por más que se haga, todo se resiente de esa tendencia universal al sensualismo: todo lo que pasa, todo lo que se refiere, todo asunto que se escribe, todo cuanto se anuncia en las esquinas, todo cuanto se representa en los espectáculos públicos, todo, en fin, cuanto se vé! Las virtudes evangélicas están y léjos muy léjos de nuestras sociedades: por acaso, la misma honradez, la probidad elementaria, que arranca de las raíces mismas del honor ¿no tiende de día, en día á convertirse en una quimera?

Ahora bien, todo ese conjunto constituye además, para los que quieren permanecer puros un espantoso escándalo. Lo es para vosotros, hermanos míos, que tenéis, sin embargo, un conocimiento más claro del bien y del mal, que conocéis los peligros y sabéis desenmascarar las perfidias; para vosotros, cuyo tacto moral está más refinado, más desarrollado y es reflexivo. Diré más: y puesto que se trata aquí de mujeres jóvenes, diré á vosotras, madres que me escucháis, y cuyas hijas son notoriamente honradas, delicadas y puras, llenas de repugnancia por todo aquello que no está limpio y blanco como sus almas, doblemente armadas de los hábitos de la virtud y los

recursos de una educación perfecta; os lo diré: tenéis miedo de esos escándalos, por vuestras hijas! Las barreras morales no os bastan ya. Las garantías de la sangre noble y cristiana que habéis vertido en sus venas, no os tranquilizan más que á medias. Necesitáis todavía una salvaguardia exterior, una vigilancia material. Estimáis como una grave inconveniencia, como un peligro, el hecho solo, en apariencia muy indiferente, de dejarlas salir solas de sus casas á la calle. ¿Por qué? Porque el mal, bajo toda forma, las espía, á cada paso de nuestra civilización.

¡Pensad pues, por favor, ante las lágrimas de la pobre saboyana que se ha dejado seducir, pensad en que estaba sola; que nadie estaba á su lado para salvarla de los escollos! El placer es para vosotras un peligro porque sois de carne y ésta siempre está ávida de placeres. Esas desdichadas tienen, como vosotras, sed de goces, y además, tienen hambre. Todas las sugerencias externas que ponen, como os consta, en peligro á vuestras propias almas, obran igualmente sobre el espíritu de esas desdichadas, cuyas pasiones están además aguijoneadas por la miseria.

Demasiado comprendéis que las tentaciones son para ellas tanto más poderosas, cuanto que tienen que sufrir más por las exigencias de la virtud.

Bien sabéis cuán cara les cuesta la honestidad, cuando el placer les promete, no solamente la satisfacción de los sentidos, sino la abundancia de lo necesario para la vida. La civilización moderna ha puesto bajo sus ojos las provocaciones al placer, las más directas y las más universales. Antiguamente

cierta dosis de corrupción, cierta clase de descarríos graves parecían ser la herencia solamente de los grandes y de los ricos. La corrupción literaria, artística y mundana, era privilegio únicamente de la aristocracia. Actualmente que el pueblo es rey, lo es sobre todo para usar de su omnipotencia para corromperse y para probar todos los venenos. La revolución ha puesto á los piés de los pequeños, ó mas bien al alcance de sus manos, todas las satisfacciones inmORALES. Todos los placeres son hoy baratos, todos los desórdenes se han hecho fáciles de cometerse.

El tentador transporta entonces al pináculo de ese abominable progreso, las almas deslumbradas de esas desgraciadas jóvenes que quiere perder. Les muestra el aparato fastuoso y sensual del placer y murmura en sus oídos éstas palabras:—"Todo eso te daré si caes, "si adoras con adoración infame"—*si cadens adoraveris*. Te quejas de no encontrar en el aspérrimo camino de tu existencia, mas que espinas y abrojos que "te desgarran los piés; te mueres de hambre sobre el "suelo ingrato de tu condición social; te mueres de "hambre en ese estéril campo regado con tu sudor... "No tienes más que decir una palabra, y esas piedras "se te convertirán en pan: el pan de la abundancia y "de los placeres: *¡Dic ut lapides isti panis fiant!* ¡Bah! "tienes la belleza, posees la juventud, puedes tener "amor, es decir, volverte una hija del cielo! Arrójate "pues en el vertiginoso abismo donde todas las em-"briagueces divinas te esperan! *¡mitte te deorsum!*"

Sé, hermanos míos, que aquellas á las que la seducción dirige esas palabras, son la carne misma de Jesucristo, y que, por tanto, tienen ángeles que las cuiden y las sirvan. Pero también sé que la víspera de su pasión, el Cristo agonizante con los ojos velados por el sudor y la sangre que corrían de su frente, murmuró con la muerte en el alma estas palabras tristísimas: «El espíritu está pronto; pero la carne es flaca.

* * *

Me queda por hablar del poder del mundo. El mundo tiene un poder que sobrepuja á toda otra potencia y que solo Dios es capaz de dominar. Ese poder se llama: la *opinión*. San Pablo ha hablado de la potencia del aire, «*potestas aeris*» porque nada es tan universal, tan invencible, inevitable, enérgico, terrible ó fecundo, y tan invasor como el aire. Los vientos impetuosos del invierno arrancan de cuajo los encinos, hienden las rocas; las brisas primaverales abren la tierra y bajo sus caricias la obligan á producir flores; las nubes y el océano, la muerte y la vida están en las manos del viento. No se puede encontrar en la tierra una imagen más exacta de la omnipotencia de la opinión. Con la opinión impone su voluntad el mundo á todas las majestades de la tierra. Se puede decir de la opinión, lo que Bossuet decía tan pomposamente de la soberanía de Dios: "Eleva los tronos, los destruye; se glorifica de imponer la ley á los reyes y de darles, cuando le place, grandes y terribles lecciones."

Es más fuerte que el honor y la moral, puesto que

tiene el poder de llamar bien al mal y mal al bien. Y en la tremenda lucha del cielo y del infierno, éste no tiene fuerza más irreductible que oponer á las voluntades condicionales de Dios; Dios lucha teniendo con El á la verdad, la gracia, la caridad, la conciencia humana, la Iglesia, la moral: Satanás, combate teniendo consigo la opinión.

Mas entonces, el mundo, que tanta responsabilidad tiene en la caída de las Samaritanas, ¿acudirá al menos á socorrerlas, á consolarlas y á indemnizarlas de su falta por medio de la opinión?

Porque, en fin, no solamente las ha desmoralizado, debilitado y perdido; no solamente les ha arrebatado todo goce honesto, todo testimonio de buena conciencia, toda confianza de parte de los que no la otorgan más que á la virtud; sino que ha destruido abominablemente los más ideales sueños de sus almas y metamorfoseado por modo infame lo que Dios y la naturaleza habían puesto de más noble y más dulce en sus corazones. Ese sentimiento adámico, esa embriaguez humana, de la que el Padre Celestial quiso hacer el objeto de un sacramento, el mundo, con sus perfidias, lo ha hecho lo que hay de más horrible y monstruoso: un pecado. Ese sentimiento de la fecundidad que hasta en las repulsiones que preparan la maternidad y los dolores que la terminan es al mismo tiempo la gloria y la alegría de toda hija de Eva, lo ha tornado por el pecado en una humillación y una desesperación. Aún ese sentimiento materno, que se llama la abnegación y el sacrificio por el hijo y que nos hace tan dulces las sonrisas de nuestras madres, lo ha he-

cho primero el terror por el hijo que se anuncia y luego el odio loco y mortal por el niño que va á nacer!

Digámoslo una vez más: para rescatar tantas ruinas, para compensar semejantes desastres, el mundo, que es tan poderoso, que tiene el extraño poder de deshonrar á la virtud y de glorificar á la infamia ¿qué hace en ese caso?

¡Ah, hermanos míos! he aquí donde se revela la ignominia del mundo; he aquí el punto donde es preciso cubrirlo de anatemas; he aquí el momento en que el fuego del cielo debería de descender, si ese fuego bajara todavía!

¡El mundo es implacable para con esas desdichadas que él mismo corrompió y despedazó! ¡El mundo no tiene entrañas! ¡el mundo no tiene pudor! Se burla de sus víctimas, las arroja fuera de todo asilo honrado ó supuesto tal, las entrega al hambre, las impele con todas sus fuerzas al doble asesinato: el que sacrificará la carne apenas formada del niño y le dará por sepultura, en lugar de la pequeña tumba florida del cementerio, los lirios revueltos del arroyo; y el asesinato sobrenatural que arrojará á la pequeña alma sin bautizar á las incertidumbres del destierro eterno!

Las hunde en el abismo de la infamia donde las arroja el abismo de la desesperación! Como último recurso no tiene más que este cruel dilema que ofrecerlas: una miseria más grande ó mayor deshonra. Les dá á escoger entre el suicidio material y el suicidio moral. Tiene para ellas dos sitios á escoger, el uno la sala donde se exponen los cadáveres desconocidos ó las filas del batallón del vicio. Repite con brutal acento por

esta vez, las palabras con que las sedujo: "*Mitte te deorsum!*" ¡Arrojate hácia abajo!—"¡Hay dos corrientes—les dice—que atraviesan la gran ciudad: las dos "te recibirán y arrastrarán los restos de lo que fué tu "belleza, tu honor y tu vida, en sus ondas complacientes: lánzate en una de esas dos corrientes: una es el "río y la otra el arroyo!"

* * *

Vosotros, hermanos míos, no sois del mundo. Combatís contra las iniquidades sociales; protestáis contra los escándalos de la civilización; os rebeláis contra los abominables veredictos de ese poder que se llama "la opinión pública," la opinión estulta y pagana de las gentes sin corazón y sin fé!

Seguramente no sois indulgentes para con el vicio, porque sabéis lo que vale la virtud; pero sois misericordiosos para con los caídos, porque también sabéis lo que valen las almas.

No permita Dios que parezcamos sostener la causa del pecado porque abogamos aquí por las circunstancias atenuantes de las víctimas que aquél ha hecho, Bastante inclinado es el mundo á tratar con indulgencia al pecado de la carne, para que prestemos al fatal imperio de éste, el auxilio de nuestra indulgencia y de nuestra caridad. A medida que la sociedad se olvida del Evangelio y ultraja más y más con su indiferencia y sus blasfemias al Hijo inmaculado de la Virgen María, se rebaja más y más en sus adoraciones, cada

vez más inmundas, ante la divinidad del placer.—¿Qué digo?—acepta, con una sonrisa de esclavo, las más abyectas deshonras! Ha imitado á aquel emperador pagano que hizo levantar estatuas á Adónis y á Venus sobre el pesebre de Belem y sobre el Calvario! Esto es por lo que nos creemos más obligados que nunca á honrar á la virtud, á venerar á aquellas que luchan por conservar la pureza de su vida; á las que por su dignidad y honor de vírgenes saben morir de hambre y de frío: no las olvidemos á esas, en nuestra admiración; y nos consideramos felices y nos consolamos al pensar que allá en lo alto, Dios les reserva deslumbradoras coronas. Mas, repitémoslo: también sabemos que la piedad y la misericordia tienen sus coronas y que las coronas de la misericordia están hechas por el arrepentimiento!

Y por esto es, Señoras, por lo que os habéis dejado arrastrar por la piedad, y que hoy apeláis á la caridad de todos los cristianos.

¡Ah, y qué obra tan hermosa es ésta, para la que habéis sido convocadas!

Esta obra está destinada á salvar los cuerpos, á salvar las almas, á salvar las costumbres.

¿No véis que todo lo que es humanitario y generoso en el mundo, se preocupa de las miserias materiales, cualesquiera que sea su número, y no se cansa jamás de aliviarlas?

Vosotras en particular, Señoras, vosotras las damas francesas ¿habéis visto un espectáculo más hermoso que el que presentaron esas hijas de la Francia que se marchaban hace veintitres años á los campos de

batalla para recoger á los heridos y á los moribundos, preservar de las balas enemigas lo que les quedaba á éstos de vida, restañar su sangre, calmar su fiebre y salvarlos, por medio de los más tiernos y maternales cuidados, de las crueldades de la guerra y de la gangrena de las ambulancias?

Pues bien, hay otras batallas diferentes de esas donde brillan las espadas y silban las bombas. Hay los combates de la vida, con sus heridos, sus mutilados, sus contaminados y sus agonizantes. En esos campos de lucha, ninguna miseria, ningún dolor es comparable con los de esas pobres mujeres que están heridas á la vez en sus cuerpos y en sus almas!

¡Ah! ¿quién las recogerá del campo del mundo?...

La «obra de las Samaritanas» salva las almas. No tengo que deciros, porque sois de las que saben llorar á los piés del Crucifijo, lo que valen las almas. Baste que os haga observar que en parte alguna se os presentarán jamás las almas á vuestros ojos bajo un aspecto más conmovedor y en condiciones más propicias para salvarlas. Mirad á esa jóven: tiene vergüenza, se enrojece! Un dolor intenso la tortura; el arrepentimiento la destroza el corazón. Ha caído; está hundida, ya lo sabe. Llora. A la más misericordiosa de las autoridades, la de su padre; á la más indulgente de las ternuras, la de su madre, no osa afrontarlas! Todo cuanto embriaga á una mujer, la maternidad y el amor, le ha causado la muerte, la ha arrojado, pisoteada y adolorida, á los piés de los transeuntes. ¿No es esto, hermanos míos, no es esto lo que el profeta llamaba llorando: *cor contritum et humiliatum*? un co-

razón contrito y humillado? ¿No es esto lo que Dios mismo jamás ha despreciado? ¹

¿No es esa una de tantas miserias humanas, que tanto movieron á piedad el corazón de Jesús, que quiso morir para curarnos de ellas? Y si esto es así ¿porqué vosotras también no os sentiríais movidas por la más profunda y la más generosa de las conmiseraciones?

Un día, vuestras almas pedirán á Dios misericordia por vuestras debilidades. Un día llegará en que cada uno de nosotros recordará al Juez de vivos y muertos las palabras que este mismo Juez en otros tiempos inspiró á su profeta: «¡Eres una pobrecilla, combatida por la tempestad, abandonada de todos!...» ² «¡Dios te ha llamado, como á la mujer abandonada, al alma en duelo, á la esposa rechazada desde su adolescencia!...» ³ «¡Pobre niña cuya embriaguéz fué más terrible que la del vino!...» ⁴ ¡Recordaremos á Dios, hermanos míos, esas palabras de misericordia. Escuchádlas, pues, hoy, y tened compasión de aquellas en cuyo nombre os son dirigidas á vosotros mismos!

Y no sólo tendréis el consuelo de salvar las almas, sino también el de salvar las costumbres.

¿Quién hay que no desee la gloria y la grandeza de la patria? Sabedlo, pues, hermanos míos, las malas costumbres son más funestas á las naciones, que los estragos de las armas y la incertidumbre de las batallas. El vicio hará siempre mayores estragos en la carne viva de los pueblos que los cañones de los enemigos.

¹ Ps. L. 19.

² Isai; LIV, 11.

³ Id. id. 10.

⁴ Ibid; id., 6.

A vosotros, en los que palpita y se agita una parte del espíritu nacional; á vosotros, los hijos de los caballeros, á vosotros, los descendientes de Juana de Arco, os digo: «¡Trabajad, pues, por la salvación de la patria!» Lo podéis hacer eficazmente con esas almas en las cuales no está perdida toda esperanza de reacción moral.

Es una mujer perfectamente cristiana y que se encontraría en primera fila entre las socias de la obra de la Samaritana, si viniese, la que dijo: «La seducción no es la corrupción y los corazones que solo están seducidos, no están nunca muy léjos de volver á la virtud.» ¹ Dirijíos á esos corazones seducidos. Arrebatadlos de las falanges del vicio. Son la imágen, si nó la substancia de la Francia que queréis salvar: ésta no ha estado nunca y no será nunca mas que seducida: no es una nación corrompida. Sobre todo, no os dejéis desalentar por esa idea de que no salvaréis mas que algunas almas, lo cual es bien poco en una nación tan grande como la nuestra. No digais: «entre treinta y seis millones de habitantes ¿qué significa una pobre muchacha?» Por poco que sea de lo que se trate, hermanos míos, ya sea una piedra de nuestras fortalezas, una pulgada de nuestro territorio ó una partícula de la moral, siempre es una obra grande y patriótica dar la vida por salvar lo que esté en nuestra posibilidad. Además, no es vuestra vida lo que se os pide ahora, sino nada más que el óbolo de vuestra caridad.

¹ Mad., Swetchine.

Finalmente, puesto que la obra de la Samaritana es la de algunas nobles mujeres de ésta ciudad, séame permitido dirigirme particularmente á las damas lyonesas y decirles: el Evangelio tomó bajo su protección á las mujeres pecadoras que humillan la frente y se arrepienten, con palabras para siempre inolvidables. Está escrito en efecto: "*¡El que se encuentre sin pecado tire sobre ella la primera piedra!*"

Nunca se ha tratado, Señoras, en vuestros corazones tan puros como cristianos de arrojar piedras á las víctimas del mal. Pero no os conforméis con solo eso. Que aquella de entre vosotras que haya amado legítimamente y que ha gozado de las dichas del corazón, recuerde que los mismos atractivos la misma sed de goces, han cubierto de oprobio y de dolor á esas infelices cuyo error fué el buscar esos goces fuera del deber; que aquellas de entre vosotras que ha sentido la dicha y el orgullo que causan á las almas de las hijas de Adán las primeras señales de la fecundidad, tenga compasión de las mujeres que han maldecido y llorado el fruto de sus entrañas; que aquellas de entre vosotras que goce; al cubrir con sus dulces miradas y caricias á los pequeños seres amados, á los que dió la vida, se conduele de la suerte de la jóven culpable, condenada á ver en su propio hijo, un especie de castigo y de viviente vergüenza. Que aquella de entre vosotras, en fin, que creen en las palabras de misericordia del Maestro, que odian el farisaismo del mundo; las que quieren luchar contra la corriente cenagosa y arrancarle las víctimas que se rebelan contra la desesperación y aspiran aún á la virtud;

que esas arrojen las primeras monedas de oro; que den sus nombres á nuestra admirable obra; que esas, sobre todo, presten el auxilio de su cooperación y la caridad de sus corazones.

Y serán bendecidas por Aquel que sufrió la flajelación y la crucifixión á fin de tener el derecho de ser misericordioso para con las debilidades de la carne.

FIN



La Gloria.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE BEAUVAIS,
EN LA FIESTA
DEL "ASALTO" EN HONOR DE JUANA DE ARCO,
EL 25 DE JUNIO DE 1893.

MONSEÑOR: ¹

HERMANOS MIOS:

Si bien es verdad que la sabiduría eterna no cesa de repetir á propósito de todas las cosas de este mundo: «Vanidad de vanidades y todo es vanidad," no es por eso menos cierto que en la tierra nada hay que cause mayor impresión que la gloria. Ningún soplo levanta ni agita con mayor impulso nuestro miserable polvo; ningún rayo lo tiene suspenso en luz más deslumbradora. Y no es hoy, en ésta ciudad, donde parece aspirarse la gloria á plenos pulmones, donde será posible sustraerse á su embriagador imperio.

¹ Monseñor Fuzet, Obispo de Beauvais.

A pesar de que se venga de lejos, en efecto, hermanos míos, cuando se llega con el espíritu lleno de los recuerdos de 1472, á esta noble ciudad, se siente uno profundamente conmovido. Se dice uno: hé aquí, todavía, verdadera tierra francesa. Aquí el amor de la patria encontró héroes y la libertad murallas. Aquí, al menos, tanto como en Domremy y en Orleans, brotó esa fuerza sublime que debía producir tantos esplendores á la Francia, y que se llama el patriotismo popular. Aquí, estando Dios aliado con el hombre, pudo éste dar cima á obras casi divinas. Gracias á esa alianza santa, hace cuatrocientos años la Iglesia católica y el pueblo frances participaron fraternalmente de los más hermosos días de batalla y de gloria que puede envidiar un pueblo.

Ya que este día está destinado á festejar el nombre más ilustre de vuestro suelo, al mismo tiempo que una de las más gloriosas banderas de la historia, hablemos, hermanos míos, de la gloria, pues no pudiéramos hacer cosa más oportuna.

La gloria irradia con un brillo demasiado intenso al rededor de esta página de oro de vuestros anales, para que no pudiéramos descubrir sus secretos, es decir, las condiciones con las cuales se dá, su fuente y las leyes que garantizan su inmortalidad. Si llegamos á penetrar el misterio de esa gloria, habremos logrado un doble objeto: poner en relieve lo que hubo de más puro y de deslumbrador en la gloria de nuestra heroína, y enriquecer vuestras mentes con algunas nociones justas. Ahora bien, sabéis, hermanos míos, que las nociones justas son las que aseguran la salva-

ción de los pueblos y las que los conducen á la vía del progreso.

I

El Espíritu Santo nos ha señalado las regiones donde reside la gloria: «*Gloria in excelsis*» la gloria está en las alturas. Es la aureola misma de Dios, vuela más alto que la fortuna, más que el éxito, más que los honores, más que los aplausos y homenajes de los hombres, más que el orgullo.

Las cimas de que nunca descenderá son inaccesibles á todo cuanto es exclusivamente terrestre, es decir, á todo cuanto procede de un sentimiento de egoísmo ó de un principio interesado. Horacio la colocó en los astros, fuera del alcance de la humanidad vulgar. Hay mucha ironía contra la bajeza y la impotencia naturales del hombre en la célebre figura de que se sirvió el poeta para expresar la tendencia á la gloria: «*Sublimi feriam sidera vertice,*»

“¡Con mi sublime frente yo tocaré los astros!”

Es que, en verdad, el que limita sus operaciones y sus deseos á lo que exigen los apetitos terrestres de nuestra naturaleza; el que no quiere ser aquí abajo más que un dichoso, ó más bien un satisfecho; el que no está enamorado de lo ideal, sediento de lo inmaterial, pronto á cometer las locuras sublimes que inspiran el amor á los bienes invisibles y superiores, la pasión por el derecho, por la justicia, la verdad, la virtud, de todo cuanto brilla divinamente, todo cuanto refleja la eterna belleza; el que no pertenece al grupo de esos insensatos sublimes, para los que la

tierra y sus intereses de un día nada son; para los cuales solo existe lo que tiene el sello divino; el que, repito, no es de esos, está irremediamente condenado á permanecer siempre en el bando de las almas vulgares, á no salir jamás de las filas anónimas de la multitud, que marcha como un vil rebaño, de las tinieblas del olvido á las sombras de la muerte eterna!

Y no vayáis á creer, hermanos míos, que ésta sea solamente una noción filosófica de la gloria. También es la noción evangélica y divina. La gloria eterna, la más pura y substancial de las glorias, no está prometida sino á aquellos cuyos corazones y cuyos pies no están apegados á la tierra. Leemos en el Evangelio de hoy, este diálogo muy significativo entre los apóstoles y el Salvador: "Hé aquí,—dicen aquellos"—que todo lo hemos dejado por seguirte: ¿cuál será "nuestra recompensa?—Vuestra recompensa—respondió el Salvador—será sentaros sobre las doce sillas „para juzgar á las doce tribus de Israel."

Es decir: á los que todo lo habéis dejado, la recompensa será la gloria.

El sacrificio es tan grande, que solo la gloria es moneda digna para pagarlo. Esta es tan sublime que solo el sacrificio es digno de merecerla. Jesús, el dueño de toda gloria, lo ha afirmado por sí mismo: ¿«No era «indispensable que el Cristo padeciese y entrase así «en la gloria?»¹

Tal es aquí en el mundo la forma bajo la cual las almas predestinadas son reclutadas para gozar la glo-

¹ Luc. XXIV 26.

ria: de cuando en cuando Dios pasa á través de la humanidad, bajo el nombre de Justicia, Verdad, Libertad, Virtud. Exclama, como antiguamente el más grande guerrero de las Escrituras, llamaba á los oprimidos, á los envilecidos, á los combates y á la libertad: «El que tenga celo por mí, salga de la turba humana y sígame.»¹ Unas almas se estremecieron á ésta llamada, unas manos se levantaron y voces generosas respondieron. Esos raquíticos á los que la ambición divina ha hecho palpar, no miden la desproporción que existe entre su pequeñez y la grandeza de la causa que los solicita. Esa noble temeridad basta. Son grandes porque se han olvidado de sí mismos, Dios los juzga dignos de El y los toma de la mano. Los consagra para las luchas diversas. Los guía El mismo á los combates y de éstos á magníficos triunfos, ó, lo que es mejor, á sublimes derrotas.

En el mundo, en efecto, y estoy seguro de que ésta afirmación no os causará extrañeza, las derrotas por causa de la justicia y la verdad entrañan más gloria que los más brillantes triunfos.

Desde el momento en que la abnegación es la condición esencial de la gloria, que ella misma dá la medida de ésta, es indudable que habrá más gloria ahí donde se encuentran mayor abnegación, sacrificio y olvido de sí mismo. Nada es tan honroso como marchar con paso firme, con la frente serena, con un corazón que acepta la muerte á la certidumbre de la derrota.

No permita Dios que se llegue jamás á conceder la

¹ Macab., II, 26.

gloria por la medida del éxito; que en esta tierra el éxito bastara para justificar una causa ó para honrar á los favoritos de aquel. Nada se parece menos á la gloria que el éxito cuando no es éste el premio de la virtud y la recompensa del sacrificio.

El éxito puede dar el poder; pero cuando éste se está sostenido por la honradéz, no hace más que preparar las caídas más ignominiosas y profundas.

El éxito puede conducir á los honores; pero cuando se pretende poseer éstos sin honor, todas las insignias no sirven más que para señalar á las maldiciones y á las burlas del pueblo la indignidad que los ostenta, usurpándolos.

El éxito puede conducir á la fortuna; pero cuando ésta no camina en la integridad de la vida entera, no hace más que subvenir á los gastos y dispendios de mayores ignominias.

Elevémonos, si queréis, sobre las consideraciones individuales y veámos lo que, á los ojos de todos acontece: nos está permitido, puesto que celebramos una fiesta nacional, ilustrarnos por medio del exámen de las nacionalidades que nos rodean.

Conocemos un pueblo rico más que todos: ninguno otro ha logrado amontonar tesoros más grandes. Sus manos vogan por los mares de todas las latitudes; el sol, sirviéndonos de la frase de un antiguo emperador, no se pone en sus dominios. Este pueblo está tan orgulloso de su prosperidad cuanto es posible estarlo.

Solamente que, todos los otros pueblos, con ó sin razón, se indignan y murmuran de él. Este pueblo favorito del éxito es pérfido y bestial. Para tener oro, ven-

de embrutecimiento á los pueblos que debería civilizar. Con su oro compra las conciencias venales.

¿Es ésta, acaso, verdadera gloria?

Existe otra nación que muestra á los rayos del sol todas sus riquezas de arte y de genio. Los acentos de sus poetas y de sus músicos han encantado al universo; sus pintores provocan las estáticas miradas de los enamorados del color y de la belleza. Mas el mundo sabe que esa nación ha oprimido la justicia y violado el derecho. El mundo lo ve, sin duda, como castigo de sus iniquidades, recostado sobre la corrupción y devorado por una degradante pobreza.

¿Es ésta, acaso, verdadera gloria?

Conocemos otro pueblo,—y no os costará trabajo reconocerlo,—que nunca ha obtenido las sonrisas de la fortuna; pero que ha tenido éxito para sus armas. Vino á cantar sus triunfos con voz envinada hasta bajo las murallas de París.

Hoy todavía oprime con sus soberbias espuelas la garganta de dos provincias arrancadas por la fuerza á la madre patria!

Esto es, sin duda, éxito; pero, hermanos míos, ¿es acaso verdadera gloria?

Nó! nó:—la gloria es una corona que no está forjada para los opresores, los inicuos y los traidores! La gloria pertenece á Dios y Dios envuelve en su luminoso manto solamente á los que saben morir por la justicia, á la que frecuentemente oprime el éxito! Proclamar la gloria del éxito, cuando éste representa semejantes triunfos, es lo mismo que proclamar la de la mentira, la de la violencia, la gloria de Pilatos, la glo-

ria de Júdas! Y si hubiese una sólo voz que para proclamar así, la gloria del rico que deprava, del artista que usurpa, del bandido que saquea, estoy seguro que todas las almas que conocen y aprecian la inmaculada nobleza de la gloria, repetirían las magníficas palabras de los Macabeos: «¡Más vale morir, que soportar semejantes estigmas!»¹ Estoy seguro que de todas esas almas se lanzarían una vez más, en un formidable clamor, una de las exclamaciones más sublimes con que se ha estremecido la historia: «*Gloria victis*» — gloria á los vencidos!

Seguramente, os preguntaréis, hermanos míos, por qué insisto sobre la gloria que alcanzan los que mueren, hoy que celebramos la más maravillosa de las victorias. ¡Pues bien, sería triste para el honor de vuestra incomparable heroína que la embriaguez de su triunfo os hiciese olvidar la generosidad heroica que la inspiró.

El 27 de Junio de 1742, las valerosas mujeres del Beauvais no podían suponer que iban hacia el éxito, y lo que precisamente hace su descisión digna de la admiración de los siglos es que parecían correr á una derrota segura.

Ved si nó, los dos ejércitos que iban á venir á las manos y decidid vosotros mismos cuál es el que no podía esperar más que la muerte ó el aniquilamiento.

Por una parte, ese duque de Borgoña, llamado el «terrible guerrero, que nunca cedió ante los grandes reyes» tenía ochenta mil hombres, cuyas furiosas car-

¹ Macab. IX, 10.

gas se sucedieron durante varias semanas, con una artillería que sembraba la muerte y el terror: sus soldados ébrios de carnicería y ennegrecidos por el humo de las batallas que Cárlos llamaba «sus buenos carniceros»; toda esa multitud, arrastrada por los pasados triunfos que los llevaban como un torrente á los triunfos próximos y seguros.

Por otro lado, una ciudad sin guarnición militar y sin municiones de guerra, teniendo por toda defensa unos fugitivos, obreros inexpertos en los combates, débiles mujeres y nada más....

¿Nada más? ¡Ah! no olvidemos el elemento más maravilloso, el irresistible socorro, la fuerza, tal vez rota, pero que ningún poder puede domar: el amor patrio, la indignación contra la violencia injusta, la rebelión contra el orgullo brutal, y sobre todo, ese entusiasmo divino que impulsa el espíritu de un pueblo cuando éste, levantado por la cólera, ha dejado de temer á la muerte!....

¡Dejad que corra á las murallas esa enardecida multitud y no dudéis de la justicia de Dios!

Por el momento no se trataba del éxito sino de la gloria. La historia ha pasado por todas esas escenas heroicas trayéndonos la verdad. Ha hecho su proceso á fin de pronunciar sus fallos sin apelación. Ha contado los cadáveres de borgoñones; ha seguido al Temerario hasta Nancy, hasta Morat. No ha olvidado ningún detalle para que nadie pudiera en la tierra tener el derecho de discutir su veredicto. Ha tomado la exacta medida de la grandeza del duque que "igualaba á los reyes." Aun se ha hecho decir el número de sus

diamantes de que se mostraba tan orgulloso. Todo lo pesó en su balanza imperial. En seguida dió á cada uno lo que le era debido. A Cárlos el Temerario le concedió, entre muchas apreciaciones severas, esa admiración en que el estupor figura por mitad y que se otorga á toda calamidad. Pero todas las aclamaciones, la aureola gloriosa, los elogios que pasan de generación en generación, las narraciones heroicas, los entusiasmos sin límites, todo ese patrimonio, en fin, que se llama «la gloria,» lo dió como un tesoro á la ciudad de Beauvais, guardándolo en el recinto de esta iglesia, al pié de este altar. Ella fijó esa gloria á la sombra del pendón conquistado, lo puso bajo la salvaguardia del glorioso nombre de Juana; nombre que jamás perecerá, porque reasume en sí mismo la idea de la fé que cree contra todas las apariencias, la del heroísmo que sabe desafiar á la muerte, y la del más puro y más denodado amor de la patria!

II

Tales son las condiciones esenciales de la gloria: abnegación completa de sí mismo; aspiraciones grandiosas con la resolución de morir por el bien á que se aspira. Pero ¿dónde está la fuente de la gloria? ¿dónde reside su substancia?

Dios preguntaba á Job: «¿sabes de qué regiones viene la aurora? ¿Sabes donde reside la luz? . . . ¿Sabes «quién ería las gotas brillantes del rocío? »¹ Si iguales preguntas nos fuesen dirigidas sobre la misteriosa generación de la gloria, no vacilaríamos en responder:

¹ Job. XXXVIII.

«La gloria es de Dios solamente»¹ Dios es la substancia misma de la gloria puesto que es la substancia de la verdad y de la virtud.

Es la fuente radiosa é inmensa de la luz que envuelve á las almas en el mundo invisible. Trajo á los hombres que vivimos en el seno del universo visible esa misma luz en los tesoros de su santa humanidad. En la tierra, toda gloria viene de Dios.

El solo, único foco substancial de la gloria, se reveló un instante en el Thabor, cuando la luz divina atravesó los velos de la santa humanidad de Jesús. La fuente quedó revelada ese día.

Quando San Pablo exclamó: «lejos de mí el pensamiento de buscar la gloria fuera de Jesús crucificado» no pretendía por esto renunciar á la gloria. Era demasiado digno para obrar así. Por el contrario, se dirigía á la fuente, se lanzaba al foco mismo. Indicaba el principio de la gloria y manifestaba la suprema ambición de que estaba poseído por lograrla.

Es el único dispensador de la gloria sobre las naciones, Aquél al que las naciones han sido dadas en herencia y que es el único rey inmortal del universo rescatado.

Esto es por lo que, mientras más lleva en sí mismo un pueblo la virtud ó la presencia de Jesucristo, más sus destinos serán gloriosos entre todos los otros pueblos.

Es extraño el ver cómo la gloria fué antes de Jesucristo algo de raro, y por decirlo así, de milagroso.

¹ Timot. I, 17.

Aparte del pueblo judío, que, poseyendo á Jesucristo en sus profecías y sus figuras, fué un pueblo eminentemente glorioso é iluminado á cada instante por todas las transfiguraciones de la fe, del heroísmo y de triunfos sobrenaturales, todas las otras naciones no tuvieron sino una gloria accidental nada frecuente, muchas veces discutida y casi siempre manchada por vergonzosas bajezas.

La Grecia no ha permanecido gloriosa más que por el lado luminoso y casi divino de su genio, en donde encontramos todavía tantas irradiaciones marcadas con el sello de la inteligencia artística y de la belleza. Ahora bien ¿de dónde procede el genio, de donde se escapan los rayos de la belleza? Los griegos lo sabían: lo confesaron por la boca del divino Platón: la fuente está en el Verbo, y el Verbo es el nombre eterno de Jesucristo.

La gloria romana, en las misteriosas realidades que están en el fondo de todas las cosas y constituyen su ley; la gloria romana no tiene otro origen. La historia de ese pueblo se divide en dos períodos muy distintos: el período de la conquista y el período de la dominación. El primero fué glorioso; el segundo fué tan solo una *orgia*. ¿Cómo es que en ese pueblo inmenso toda la gloria haya sido para los antiguos, pobres, laboriosos, lanzados constantemente á la incertidumbre de los combates y de los sufrimientos de una existencia problemática y agitada? ¿Cómo se hizo esto?

Esto dependió de que ese pueblo llevaba en sí mismo un tesoro valioso de abnegación y de valor que se llamó con este grandioso nombre: "la virtud romana."

Ahora bien, toda virtud proviene de Jesucristo: es como una emanación de la divinidad del Verbo que se agita en el fondo de las almas, las cuales no pueden, sépanlo ó ignórenlo, vivir y engrandecerse más que por El.

Por otra parte, la preponderancia de los griegos, no menos que las conquistas romanas, prepararon á la humanidad para comprender mejor y recibir más rápidamente el Evangelio. Era pues, en vista del reinado de Jesucristo, por lo que la Providencia otorgó á esos pueblos la gloria que todavía ilumina su recuerdo.

Luego que Jesucristo vino á este mundo y entró en relaciones con la humanidad, se produjo en ésta una irrupción de gloria. Los hijos del Cristo aparecen inundados de luz; son verdaderamente, según la expresión del Maestro, "los hijos de la claridad."¹

Al contacto con el Cristo, toda la humanidad se reviste de un nuevo esplendor. Los Mucio Scevola, los Decius de la nueva Ley, es decir, los mártires, los héroes, se cuentan por millones.

Los sabios, los bienhechores, los conquistadores pacíficos de las almas se hacen tan numerosos que las páginas de la historia no bastan para siquiera registrar sus nombres. La tierra se cubre de monumentos que son todos, inmortales testimonios de una gloria sin límites en el espacio como es sin fin en la duración de los tiempos.

Ahora, volved los ojos sobre los diferentes pueblos diseminados en la superficie de la tierra: veréis que

¹ Luc., XVI, 18

los más gloriosos son los que más pertenecen á Jesucristo.

Mirad á la Francia: y sin dejar de tomar en cuenta sus humillaciones y sus faltas, compulsad las glorias que ha conquistado á través de catorce siglos de existencia.

Cuenta con combates de los que emana tanta gloria que es suficiente para consolarla de todos sus reveses y desastres pasados y futuros: basta con citar á Tolbiac, Poitiers, Bouvines, Rocroy, Austerlitz para no tener que envidiar á los otros pueblos de la tierra.

Vió surgir de su seno grandes capitanes, cuya habilidad y genio rivalizan con la fortuna de los más ilustres conquistadores en la historia.

Ha dado la vida á filósofos, á literatos, á oradores, que parecen haber impuesto á toda la tierra la realeza de sus pensamientos, tanto como el prestigio de su idioma.

Ha dejado á través del tiempo la huella inmortal de las más grandes empresas intentadas para el progreso y bienestar de la humanidad. Ella fué la que hizo las Cruzadas. Y se olvida demasiado esa última y generosa Cruzada, en la cual llevó su ardor y su sangre á la América, vuelto después el país más bien dotado para la libertad y el progreso.

Fué la autora y la instigadora de las grandes fundaciones; de esas que interesan directamente al adelanto moral de la humanidad: quiero hablar del papado, por el lado temporal de su institución, y de la propagación del cristianismo en los pueblos sumidos

en la barbarie y en la muerte. No acabaría yo nunca si quisiera indicar aquí nada más que todos los títulos gloriosos que la Francia ha conquistado á través de los siglos y ante la totalidad de la inmensa familia humana.

No hay territorio alguno en la tierra—¡y qué conmovedor pensamiento es éste!—donde las mieses de la gloria broten más doradas y tan abundantes como en el de nuestra adorada patria!

Pues bien, hermanos míos, ¿qué mano fué la que sembró tan divinamente nuestro suelo? ¿Quién es el autor de tanta gloria? ¿Cuál el principio generoso, fecundo é irradiante con todos esos esplendores?

Unos atribuirán esa maravillosa superioridad de nuestro país, á la elevación y penetración de ingenio. Hablarán de su osadía científica y de su poder filosófico. No creo yo que el ingenio francés, bajo ese concepto sea muy superior al ingenio de otros pueblos. Los alemanes no tienen razón al mostrar desdén cuando se les habla de la ciencia y la filosofía francesas. Pero la Francia no posee tampoco el monopolio y el magisterio del poder intelectual.

Otros, para explicar nuestro glorioso destino, harán valer el patriotismo y el denuedo de los hijos de las Galias y de los Francos. Apelarán al testimonio de todos los ejércitos contrarios, que siempre temieron, sino es que experimentaron á su costa á esa «*furia francesa*» que el mundo admira y que ha dejado en pos de ella no sabemos qué huellas de gloria en todos los campos de batalla del tiempo pasado. Hermanos míos, por no citar mas que un ejemplo de la historia, los

hijos de las Galias y de los Francos encontraron lecciones de patriotismo y de valor en la generosa España. Desde que fué sitiada y defendida Zaragoza ya no se puede permitir que se diga: «ningún pueblo es tan valeroso y tan patriota como el nuestro.»

¿Qué queda pues? ¿Será preciso atribuir el papel tan preponderante que nuestra raza ha hecho en la tierra al genio militar de nuestros generales? Bien sabéis que el más grande entre todos, el que sobrepuja y deja muy atrás á todas las eminencias guerreras del mundo, Napoleón, fué también el más completamente vencido de la tierra!

No; no en el ingenio, en el valor, en los cerebros poderosamente organizados; no es en los "carros de guerra, ni en la destreza de los ginetes, como dicen los hebreos, donde reside la fuente de la magnífica fortuna de la Francia: este afortunado destino tiene un origen más alto, más firme, más divino.

La Francia es la nación gloriosa y preponderante porque es el «paladin» de Jesucristo!

Hace algo más de cuatrocientos años, esta ciudad de Beauvais dió un testimonio aislado, y por cierto muy brillante, de la fuerza misteriosa que, durante siglos enteros, hizo, y estoy seguro de que hará todavía, la grandeza de nuestra patria.

Ya lo dijimos: la resistencia que opuso Beauvais era misera: su lucha contra el ejército del Temerario, una locura. Por sí misma, la ciudad no era fuerte, ni siquiera se la había hecho el honor de que fuese tomada en cuenta en el plan de campaña. Si los borgoñones se detuvieron ante sus muros fué por una especie

de capricho que sugería la misma facilidad con que se podía tomar, como al paso, la patria de Juana Hachette.

Beauvais quiso no solamente resistir y morir sino obtener la victoria.

Existían entonces en esta iglesia,—y aún existen— algunos huesos ante los cuales la piedad popular vertía sus oraciones, por medio de las cuales la virtud de la Providencia derramaba sus beneficios. A fé que nadie podía suponer en el orden de las ideas humanas que aquellos ó estas fuesen un terrible instrumento de guerra. "El Sr. San Luciano y la Sra. Santa Angadrema" fueron en vida personas muy pacíficas. El uno fué obispo y lejos de derramar sangre en los combates, solo derramó bendiciones; la otra fué una humilde religiosa y lejos de haber combatido en las murallas, se quedó enterrada en las sombras y el silencio del claustro. Además, estos dos santos ya habían muerto. Solo quedaban de ellos esos despojos y á estos pedía el pueblo su salvación.

Es oportuno que recordemos que la virtud de Dios habita en las reliquias de sus Santos. La gracia de Jesucristo permanece en todos los miembros de los cuerpos que le pertenecen. Se podían repetir ante esos huesos mudos y gastados por el tiempo, las magníficas palabras de San Pedro: «Lo que hay de gloria, de «virtud, de honor, reside en vosotros!»¹ Y todo el pueblo cristiano y creyente sabía ésto. Por esto fué que la multitud se precipitó dentro de la iglesia, se

¹ I, Ped., IV, 14.

apoderó de las urnas santas y cantando himnos, multiplicando sus preces, las cargó en hombros hasta sobre las murallas. No era la Arca Santa que conducía el pueblo de Israel á la victoria: era mejor que eso: era la virtud misma de Dios que residía en esos fragmentos. Se estableció por medio de ella una comunicación milagrosa entre el poder del cielo y el espíritu de ese pueblo. La potencia invisible iba á tomar parte en el combate. Un delirio terrible se apoderó de aquella pequeña población. Cuando los antiguos veían á sus profetas agitarse sobre la tripode y perder por sus convulsiones sobrenaturales la actitud y la apariencia humana, exclamaban: "*¡Deus ecce Deus!*" En nuestro caso, el torrente divino descendía por olas muy más reales y más eficaces. Una corriente magnética, divina, una corriente sobrenatural arrastraba á aquellos soldados, á aquellas mujeres, á aquellos niños! ¡Dios! ¡Era Dios! ¡Qué queréis que pudiera hacer el borgoñense contra Dios!

Por esa vez, hermanos míos, la acción divina que se oculta casi siempre, se manifestó por manera innegable. No había modo de equivocarse sobre la naturaleza del auxilio, al que la ciudad debió una victoria inesperada. En una acta auténtica y cuya redacción no indica de modo alguno que sus autores estuviesen iluminados, la municipalidad de aquella época, imparcial, sincera y creyente, no vaciló en señalar al verdadero vencedor de esa jornada que fué—dice el documento—"Nuestro Señor y Dios," por la intercesión de la Sra. Santa Angadrema, del Sr. San Lu-

"ciano y sus dos buenos compañeros San Magencio y "San Juliano."¹

Vuestra incomparable heroína, acompañada de todo el pueblo, reconoció de un modo tan conmovedor como expresivo el origen de su denuedo y de su gloria, yendo á depositar al pié del altar la gloriosa enseña de que os manifestais tan orgullosos; y la ciudad de Beauvais, ratificó durante los siglos que han seguido, la verdad de esa unánime convicción, celebrando cada año, la fiesta que nos reúne aquí y nos hace todavía hoy palpitar de entusiasmo.

Nos queda ahora que resolver un problema:

¿Cuál es el principio conservador de la gloria?

Parece ¡ay! que ese bien tan apetecido por los hombres no es el más deslumbrador de todos, mas que para causar las más crueles decepciones.

¡Qué sublime mentira es esa que otorga la inmortalidad y promete una duración eterna á ese humo ligero y embriagador, á esa nube con que juguetean todos los vientos de las pasiones públicas y del olvido; á ese luminoso fantasma sin consistencia y sin cuerpo; á esa quimera que llamamos «la gloria!»

¿Quién puede, pues, albergar á esa frágil cosa y defenderla de los estragos del tiempo y del desprecio de la ignorancia?

Aquel que es, hermanos míos, el autor de la gloria, será también su conservador: la gloria le pertenece. En tal virtud, podemos tranquilizarnos, porque la misma Revelación nos enseña que es, aquella, de El, "por los siglos de los siglos."

¹ Deliberación de la comuna de Beauvais. 27 de Junio de 1472.

Dios conserva la gloria de sus servidores (ésta solamente le pertenece) por medio de una doble acción.

La comunica, primeramente, en su misma producción un elemento incorruptible que la pone á cubierto de todos los ataques de la envidia y de todas las flaquezas de la debilidad humana: me refiero á la humildad.

En seguida, le dá asilo, en el mundo, en la Iglesia y en lo alto de su reino: dos Panteones que están á salvo de la inconstancia de los hombres y de las injurias del tiempo.

Ha un momento, os decía yo, que era preciso no confundir «la gloria» con «el éxito:» pues todavía es menos debido confundirla con la soberbia.

El nombre de los orgullosos está escrito sobre la arena movediza é infiel del mundo. Pasa un ligero soplo y nadie recuerda ya las vanidades con que se embriagan los orgullosos.

La gloria es la más vana de las vanidades, cuando se la busca por solo ella misma: entonces es cuando es tan solo la sombra de sí misma.

Ahora bien, puede existir, existe un cuerpo, una substancia de la que es como la irradiación y en el que reside toda realidad y todo el precio ó valor de la gloria. Esta realidad se llama: "el deber."

El que es humilde no busca más que sus deberes: á éste solo le será concedida la gloria, por añadidura.

¡Qué magníficas lecciones ha proporcionado la historia en todos los tiempos á los que se engañan sobre esa verdadera noción de la gloria; y ¡cuánto se complace aquella también en «ensalzar á los humildes y «en abatir á los soberbios!»

Nuestra época no es menos fecunda en esas enseñanzas, á las cuales, su *actualidad* presta una elocuencia viva é irresistible!

¡Cuántos hombres, que se habían hecho útiles á su país, á la humanidad, á la verdad, han llegado á tocar la gloria, llegado á la codiciada cumbre! Grandes naciones, el mundo entero, los ha visto pasar por las alturas, ha reconocido sus perfiles y sus cuerpos, que se destacaban un instante sobre la luz del sol de la gloria.

El mundo entero ha aplaudido, porque se ama demasiado la gloria aquí abajo para no adorar á los que adopta por hijos suyos. Solamente que, esos insensatos, creyeron que eran más que sus hijos adoptivos. Se imaginaron que el hombre es un sér glorioso por su propia substancia.

Creyeron que los piés mortales, podían pisar por mucho tiempo el terrible y abrasador suelo de ese Horeb! No escucharon la voz que, dirigiéndose á sus debilidades, les decía como Dios á Moisés:—"¡Ten cuidado: la tierra que huellas con tus piés es santa!" Quisieron conservarse en una actitud de ídolo, en una actitud como de divinidad.

Si se hubiesen vuelto á la sombra de la que Dios los había sacado, si hubiesen sabido huir de los vértigos que provoca la permanencia muy prolongada sobre cimas demasiado elevadas para ellos; si hubiesen sabido que un día entero de gloria es ya un fardo muy pesado para la debilidad humana; si hubiesen sido humildes; no se hubiesen expuesto á las vicisitudes del mañana; hubieran apresurado su descenso, y su gloria

hubiera quedado intacta y siempre provocando los aplausos del mundo!

Ninguna voz es tan útil y tan provechosa para los triunfadores como aquella del esclavo que murmura á sus oídos estas palabras: "No te olvides de que eres hombre!" Mas uno creyó que después de una jornada de aclamaciones populares, tenía derecho para sentarse en un trono; el otro se imaginó, que después de cierta influencia eficaz que ejercía, ya se merecía todos los honores; un tercero pensó que después de una empresa, única en la historia, de modificación de las naciones del mundo, se podía con certeza comenzar á llevar á cabo otra igual. Todos se consideraban como los autores de su propia gloria: contemplando que á su derredor irradiaba una luz, creyeron ser el principio, el foco de donde dimanaba ésta, y quisieron aumentar su brillo. . . . Dios se retiró entonces. . . . Las luces se apagaron y los pedestales de esas estatuas se derrumbaron!

"¡Cómo habéis caído, oh candelabros!"¹

La gloria de Cincinato, que se volvió á sus arados, es mucho más pura que la de César, del que son conocidas sus mentiras y sus costumbres licenciosas. El nombre de Homero se agiganta en cada siglo porque el personaje es desconocido. Sólo aquellos que saben desaparecer á tiempo no tienen que temer ni los tiros de la envidia, ni las traiciones y flaquezas de su propia debilidad.

Las democracias que se cansan de oír llamar "el justo" á Aristides, no son tan ingratas ni tan inicuas

¹ Isai. XIV. 12.

como se cree: la voz del pueblo es la voz de Dios. Y es por medio del pueblo como Dios se complace entonces en recordar al cuerpo de polvo, de los grandes hombres que «El es el solo Santo, el solo Maestro, el solo Altísimo.»

Dejadme por un instante que fije mis miradas sobre la ideal heroína de esta fiesta.

¡Ah, sí! en ella se encuentra lo que la honra y la eleva sobre todas las celebridades ruidosas y comunes á las que demasiado fácilmente concedemos nuestros encomios: la gloria no la embriagó.

Luego que dió cima á sus grandes hechos, dió gracias á Dios y se apresuró en volver á su oscuridad. Había cumplido sus deberes en las murallas, y volvió á su hogar para cumplir sencillamente otros deberes. ¡Cuántas mujeres en el siglo XIX se habrían creído llamadas, cuando menos, á desempeñar un papel en la sociedad, á perorar en los clubs, á mostrarse en público, á llenar páginas enteras en los periódicos, aún á solicitar los votos populares! Juana, que era una cristiana admirable, tanto como una valiente jóven de Francia, se volvió á su hogar, al seno de su familia á su humilde oscuridad.

Nadie sabe el nombre que tenía cuando murió; se ocultó tras de sus modestas funciones de esposa; estimó que, después de haber adquirido una gloria imprecadera ante los hombres, nada mejor tenía que buscar que la gloria eterna, con la cual Dios recompensa á los que le sirven aquí en el mundo, con paciencia, en modestas labores y en la humildad de la vida cristiana.

Poresto es por lo que la envidia jamás podrá morderla. Nada hubo de revelar con una acción demasiado prolongada las debilidades y defectos que son inherentes á la naturaleza humana y que ocasionan el derrumbamiento de todas las glorias destinadas á perecer.

Esa humildad es también para nosotros una dulce garantía, de que Dios ha abierto las puertas de su eterno palacio á esa hija del catolicismo y de la Francia, que hizo tan gloriosa en la tierra.

Entre tanto, sus recuerdos y su nombre están confiados á la más fiel de las memorias, á la más eficaz de las protecciones. La Iglesia vela sobre esa herencia tan honrosa para nuestra fé y para nuestro patriotismo. Los corazones de las madres jamás olvidan, sus labios enarran sin cesar. La Iglesia es una madre. Juana Hachette nunca será olvidada.

Así, pues, hermanos míos, alegráos dos veces á la vez: una por el pasado y otra por el futuro.

Os conmovéis hoy: soisdichosos, os sentís orgullosos: repetís con satisfacción ese nombre que han aclamado ya cuatro siglos y que llega hasta vosotros tan intacto, tan sonoro, como en el primer momento de su gloria. ¡Pues bien! estad seguros de que dentro de cuatro siglos y muchos más, será lo mismo. Diré más: los grandes nombres cristianos no sólo son inmortales, sino que, semejantes al sol levante, suben sin parar, cada vez se engrandecen más: el Espíritu Santo lo profetizó así: «La vía de los justos cada vez se dilata más, «se ilumina con mayor luz hasta la plenitud del gran día.»¹

¹ Prover. IV. 18.

La gloria que dá la Iglesia es tan penetrante y fecunda que se estiende más allá de la misma Iglesia y se oyen sus himnos fuera de sus recintos.

Me perdonaréis que no piense tal vez precisamente como vosotros—¡vengo de tan lejos!— pero me parece que la fiesta exterior celebrada sin vosotros fuera de esta catedral, constituye para vuestra heroína y para vosotros mismos un homenaje incomparable.

He visto un estandarte victoriado llevado en triunfo. ¿De dónde se tomó ese estandarte?

De los piés de este altar. . . .

Eseucho las salvas de artillería, los cánticos triunfales. . . . ¿cuál es el suceso cuya conmemoración se celebra con tanto entusiasmo?

¡Un milagro!

No os quejéis, pues, hermanos míos; y en lugar de lanzar anatemas contra vuestros hermanos disidentes y ahondar más el abismo que os separa, regocijáos con el común sentimiento de patriotismo, que obliga á nuestros compatriotas incrédulos, á solemnizar una gloria que pertenecería más á la Iglesia que al mismo país, si podemos dividir en dos partes ese sentimiento único que constituyen en nuestros corazones el patriotismo y la fé!

Monseñor:

He aquí lo que, me parece, es gloria: á mil kilómetros de aquí, y puedo decir, que en consecuencia en toda la Francia, se dice y se repite que la Providencia está resuelta decididamente á derramar el colmo de la medida de sus glorias y venturas sobre esta hermosa

Iglesia de Beauvais. Después de los grandes y buenos obispos que se llamaron San Luciano, Juan de Bar, y para llegar pronto al último, Monseñor Péronne, del que yo mismo he aprovechado las bondades, hé ahí que la Sede de Beauvais es heredada por un pontífice, sobre el cual todo el clero de Francia tiene vueltos los ojos porque todo ese clero los tiene fijos en el porvenir.

Si, Monseñor: mientras más perturbados son los tiempos, mientras más se complican las circunstancias, y más crece la ansiedad ante los problemas árdus que se ierguen actualmente, más, igualmente, se ama á aquellos que van á la cabeza del movimiento del que todos esperan la salvación. Y en verdad ¿quién se atrevería á decir que vuestra ilustrísima persona no marcha al frente de ese movimiento hácia un porvenir mejor? ¿Cuál es el Obispo en Francia, después del ilustre Cardenal que todavía llora nuestra iglesia, que se haya colocado más resuelta y deliberadamente bajo las irradiaciones del astro Pontifical, de donde debe de venir la salud?

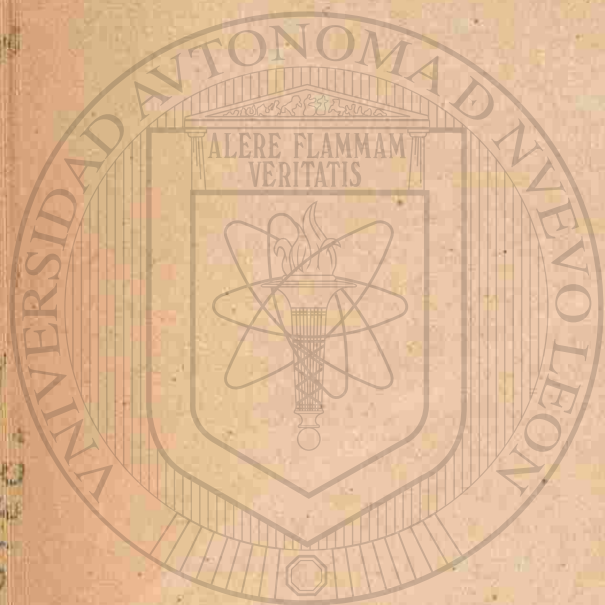
Bien sé que la lucha es todavía ardiente entre los salvadores y los que piden salvarse sin aceptar los medios necesarios; pero las esperanzas son tanto más grandes cuantas mayores virtudes hay en el uno y el otro de los contendientes. Por una y por otra parte habrá gloria: ahí para la abnegación que triunfará; allá por una fidelidad á la cual no se podrán rehusar los encomios que merece.

Entre tanto, Monseñor, que se hace esa grande reconciliación en el país, esta población de Beauvais es-

pera que vuestra sabiduría y vuestra bondad suprimirán las barreras levantadas entre los que hubieran debido permanecer siempre unidos; y que muy pronto la fiesta del "Asalto," el nombre de Juana Hachette y el estandarte de 1472, reunirán á todos los hijos de esta ciudad, reconciliados en un mismo sentimiento de entusiasmo patriótico y fraternal.

¡Amén!

FIN



La gran Cartuja, 6 de Octubre de 1892,
en la fiesta de San Bruno.

SR. ABATE:

Ya os conocía por vuestros notables escritos y por vuestra fama de predicador. Ahora os conozco por que os he escuchado.

Si se ha podido decir que «el estilo es el hombre,» también me parece que se puede decir, que la palabra es como la efusión del corazón humano: aquella traduce todos los vuelos de éste y le comunica todo su calor.

El discurso que habéis pronunciado con motivo de la consagración de nuestra modesta iglesia de "*Las Tournettes*," me ha causado una viva satisfacción y estoy persuadido de que todos vuestros lectores experimentarán el mismo sentimiento que yo.

Os doy gracias por haber querido dejar oír vuestra palabra penetrante y ardiente, á nuestros humildes diócesanos. Mas vos no os fijáis en la calidad de vuestro auditorio: os basta tener ante vos, almas que conquistar y que conmover; esto lo habéis logrado completamente. ®

¡Quiera Dios agregar á los dones que os ha prodigado, la alegría de verlos fructificar más y más para su gloria!

Recibid Sr. Abate, las reiteradas expresiones de mi agradecimiento, al mismo tiempo, que la de los sentimientos respetuosos y sinceros de

✠ Carlos,
Obispo de Valencia.



LA IGLESIA Y LA NUEVA FRANCIA.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CONSAGRACION DE LA
IGLESIA DE "LAS TOURNETTES,"
(DIOCESIS DE VALENCIA,) EL 25 DE OCTUBRE DE 1892.

MONSEÑOR: ¹

El buen Padre Le Jeune, ese carácter tan singular y tan galo, se expresaba un día en estos términos, poco más ó menos:—«Hermanos míos: dadme una Iglesia magnífica. Que tenga el pórtico de la de Reims, «las naves de la de Amiens, el coro de la de Beauvais. «Llenadla de riquezas tales, que junto á ella el templo de Salomón, solo pareciese una bicoca. Henchid- «la, después, de un auditorio compacto; colocad en el «presbiterio más de cuatrocientos sacerdotes revestidos de sobrepellices más blancos que la nieve de los «campos y de ornamentos de seda recamados de oro; «que ese pueblo y esos sacerdotes canten alternativamente los más solemnes himnos, observando todos los

¹ Monseñor Ctohon, Obispo de Valencia.

«detalles de rúbrica. Introducid, además, en ese templo, á los magistrados, á los nobles, á los sabios, á los guerreros y á todo cuanto sea capaz de realzar el esplendor de una asamblea. Agregad á todo eso, el orden de las ceremonias, los cánticos de la fiesta, el tañido de las campanas; y luego, suponed que ninguna de las almas que ahí se encuentran está en estado de gracia. Si al lado de ese magnífico templo, existe una miserable casucha habitada por una pobre vieja coreobada y contrahecha; pero teniendo su corazón limpio de manchas y sin ligas con el pecado, Dios preferirá mil veces la cabaña de esa vieja, á la Iglesia que os he pintado y por la cual solo tendrá menosprecio. Porque en verdad, lo que hace á los ojos del Señor la belleza de un templo, son las almas que en él se congregan.»

Si la Providencia, Monseñor, se digna como es creíble, volver sus ojos hácia todas las espléndidas y ricas basílicas de nuestro país, pocos templos habrá seguramente, que deba contemplar con mayor complacencia y amor, que éste, pues que posee actualmente en Vos una de las más bellas almas de obispo y pongo por testigo á todo este venerable clero—uno de los más paternales corazones que sostienen y satisfacen á nuestra Santa Iglesia de Francia.

He ahí, hermanos míos, un motivo de más en vosotros para amar y honrar á este nuevo templo, tan gentil, tan gracioso, tan acabado y cuya elegancia, riqueza, sóbria y pura belleza, immortalizarán en los recuerdos de esta parroquia el celo, la generosidad, el espíritu y el gusto de vuestro apostólico párroco.

Si no encontráis ya aquí el perfume de las virtudes y de la piedad de vuestros padres, estos muros por lo menos mostrarán la inagotable caridad de los bienhechores que se encuentran con el oro listo en las manos para todas las fundaciones católicas; os hablarán de vuestro país, de vuestra municipalidad, que tomó como un deber representar la fé de vuestros antecesores, contribuyendo á estas edificaciones; os hablarán de la Francia, del gobierno francés, del que no se puede desesperar completamente, á pesar de los tristes acontecimientos del día, puesto que, como lo véis, todavía deja en su presupuesto lugar para reconstruir los templos.

Además, recordaréis que este novel templo espera en lo futuro, de vosotros, otros tesoros y otros ornamentos, porque ésta desposada todavía no tiene todas sus galas. Preciso será crear las tradiciones de piedad; sembrar los recuerdos religiosos; preciso será grabar en sus muros, para las generaciones venideras, las huellas de la fidelidad y de fé que vuestros antepasados habían dejado tan profundas y hermosas en el templo antiguo; pues que si desertáis hoy de éste último no es porque vuestro corazón se aleje sino porque sus piedras seculares y sus macizas bóvedas fueron menos resistentes y firmes que los principios, las creencias y las tradiciones de vuestra fé.

Esta es, en efecto, hermanos míos, la ley de la Iglesia Católica, de la fé cristiana, del Evangelio de Jesucristo, de la religión de gracia que es la vuestra; mientras que al rededor de ésta todo se gasta, todo envejece, todo se derrumba; mientras que las civili-

zaciones férreas y los templos de piedra se encaminan de la juventud á la decrepitud, y de ésta á la ruina, la Iglesia sin cesar se renueva, se rejuvenece, estando siempre vigorosa y bella. La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, ese cuerpo al que se pueden aplicar las palabras de San Pablo: «Bien pueden acumularse las ruinas á nuestro derredor: nuestra confianza no desmayará, pues que si nuestro sér visible exterior se disuelve y cae en ruinas, el que vive dentro de nosotros se rejuvenece de día en día.»¹ La Iglesia es el alma de la sociedad: dejad á ésta que siga su camino; dejad que resuenen los gritos de guerra y que se traben las grandes batallas del progreso: la Iglesia no morirá con los muertos: al contrario, se echará de ver, cuando el polvo y el humo se disipen en el horizonte, que si el progreso, si las victorias de la justicia, de la conciencia, de la libertad, son luces con las que se honran los pueblos, al cristianismo es al que desde toda eternidad, Dios confió la guarda del foco y de la fuente de aquellas.

Voy, pues, á tratar, hermanos míos, de demostrar que la Iglesia Católica siempre es joven. Me parece que si yo no os dijese esto, las blancas piedras de este piadoso y gracioso monumento lo gritarían, como dice un profeta.²

El gran signo de la divinidad de la Iglesia consiste en su indestructible inmortalidad. Ahora bien, no hay inmortalidad sin juventud, ó si lo preferís, sin una incesante renovación. Cuando encontráis un árbol que

¹ II Cor. IV. 16.

² Hab. II. 11.

no dá ya el ornato de sus flores ó de su follaje al renacer la Primavera, os decís: ¡este árbol está muerto! No; Dios no puede permitir que en ningún momento de la historia, cualquiera que sea ese momento, haya fundamento para decir: ¡la Iglesia se muere; la Iglesia ha muerto!

Cierto es que en nuestros días menos que nunca, han faltado las predicciones fúnebres al catolicismo. Se vocifera que el león católico se ha envejecido, para provocarle los puntapiés de los ignorantes. Se repite sin cesar á nuestros oídos, que la Iglesia, enferma y cascada por la edad ya no puede seguir á las generaciones en su marcha alegre sobre la gran vía del progreso. Se insulta especialmente al apostolado francés, acusándolo de haber dejado empobrecer en sus venas una sangre que los mártires hicieron tan rica y los caballeros tan ardiente. Se diría que nosotros hemos llegado demasiado tarde á un siglo demasiado joven; y aún cuando venimos, bajo la garantía de nuestros derechos civiles y bajo la inspiración de nuestro patriotismo y de nuestra fé á ofrecer para la obra social de nuestro país, el sudor de nuestras frentes y el celo de nuestros espíritus, se encuentran gentes que nos responden: la puerta está cerrada; estáis demasiado encadenados á la roca inmóvil del pasado, para ser capaces de acompañar á la sociedad rejuvenecida en sus avances hácia el porvenir.

Pues bien, hermanos míos, la respuesta á esos errores que nos injurian, á esas chillantes injusticias está simbolizada aquí mismo, bajo vuestras miradas. Levantad la vista; el aspecto nuevo de este blanco tem-

plo, os dice que lejos de ser arrastrado en las ruinas del pasado, el reino de Dios en la tierra está siempre bastante resplandeciente ante los *nuevos* soles. Mirad á vuestros piés: la tierra sobre la cual este templo se ha desarrollado cual una flor primaveral, es una tierra santa, es la tierra francesa. Ella no se ha vuelto, pues, estéril, para las miras de Dios aquí abajo. En consecuencia, no tenemos por qué desesperar del porvenir francés en la Iglesia, ni del porvenir católico en Francia.

«La espada del soldado de Dios,» como dijo Shakespeare hablando de la Francia, no está mas que descansando un tanto en su vaina, y tal vez esté ya cerca la hora en que, con la ayuda de los acontecimientos, la Francia religiosa, la Santa Francia, corra á los campos de batalla donde la justicia lucha con la iniquidad, mientras que la Iglesia francesa cuyo corazón late todavía, vuelta á la paz y á la libertad, dará el toque de reunión para todos, en la fraternidad y el progreso!

La Iglesia siempre es joven.

Esta eterna juventud de la Iglesia, lo mismo que la eterna juventud de nuestras almas, procede del mismo principio: Jesucristo. El que posee á Jesucristo, posee esa maravillosa fuente de progreso y de rejuvenecimiento á la vez; gracias á la que puede adaptarse, por medio de la caridad á todas las razas, cualesquiera

que sea su carácter; á todas las naciones, cualesquiera que sea su clima; á todos los siglos, cualesquiera que sea el espíritu de éstos; á todos los progresos, cualesquiera que sea su dirección; á todas las sociedades, cualesquiera que sea su forma constitucional.

Digo, hermanos míos, que la Iglesia y el cristiano que poseen á Jesucristo se adaptan por la verdad y la caridad, la cual es una adaptación perfecta. Por la verdad, en efecto, la alianza se consuma con todo cuanto es justo y verdadero; por la caridad, el contacto se establece con todas las miserias para aliviarlas, con todos los vicios para extirparlos. Por esto, los profetas, al anunciar la venida de Jesucristo, no perdían de vista su carácter esencial y constantemente reparador. Lo representaban como el autor de toda renovación, el principio de toda juventud para el mundo y para las almas. "Hé aquí que yo todo lo renovaré"—dijo el Señor por Isaías¹ "Yo os daré—agrega el profeta Ezequiel, hablando en nombre de Dios—"un espíritu nuevo en un corazón rejuvenecido."² Y bajo la influencia de esta actitud del cielo en sus relaciones con la humanidad, Isaías predijo además la renovación de la tierra.³

Jesucristo nace y todo será ya nuevo: la Alianza, el Testamento, la ley, los hombres. Todo es joven: los que profetizan⁴ y los que primero dan testimonio de la Resurrección.⁵ El apóstol San Pablo, al cual fué otorgado más que á ningún otro, mirar la Iglesia de

¹ Isai., XLIII 19.

² Ezeq., XXXVI, 26.

³ Isai., LXV., 17.

⁴ Joel., II, 28, Act. II, 17.

⁵ Marc., XVI, 5.

frente y analizar sus bellezas y su substancia, se hizo el teólogo de este renacimiento universal tanto como incesante. Después de haber reconocido auténticamente que es la humanidad cristiana, "la renovación de toda cosa se cumplió"¹ recomienda con instancias á los fieles de todos los tiempos, que se renueven en Jesucristo por la justicia y la santidad.² Por temor de que esos mismos fieles no llegasen un día á creer que después de la renovación inicial, la del bautismo, una vez operada, era permitido *envejecer* ó permanecer estacionarios, insiste diciendo: "Revestíos del hombre nuevo, "que no solamente es nuevo, sino que sin cesar rejuvenece."³ Este hombre nuevo, hermanos míos, vive en la Iglesia como vive en las almas; y tanto que la ley de la Iglesia bajo el punto de vista de esta evolución constante hacia una juventud que siempre comienza, en nada difiere de la ley de las almas. No ciertamente en este sentido: que la Iglesia abandone jamás sus antiguas creencias y sus elementos constitutivos, sino en el de que ella encuentra en su inagotable fecundidad recursos siempre renovados para acompañar y guiar á la humanidad en la tierra.

¿Comprendéis, hermanos míos, ese poema de antigüedad y juventud, ese idilio divino que conserva entre Jesús y la Iglesia su esposa, el perfume de la primavera, sin perjudicar al tesoro de preciosos recuerdos y de antiquísimas fidelidades? El esposo divino, el "hombre bueno," por excelencia, "saca de su cora-

¹ II, Cor., V, 17.
² Efes., 23, 24.

³ Colos. III, 10.

zón y sin cesar, lo antiguo y lo nuevo."¹ La esposa ideal, la Iglesia, le canta en un epitalamio eterno: "Mi bien amado siempre os he guardado un amor j6ven, aunque es ya diez y nueve veces secular."² El esposo dá su sangre para que la esposa, siempre bella, se encuentre libre de las injurias de la decrepitud y limpia de toda arruga. ³ La esposa para conservarse digna de un esposo siempre j6ven, y jamás envejecer, va todos los días al pié del altar de Aquél que «regocija su juventud,» ⁴ á beber ese vino precioso del amor sobrenatural que se «conservará nuevo hasta la eternidad.» ⁵

Resulta en la Iglesia de Dios un perpétuo rejuvenecimiento, un incesante renacimiento. Mientras que con una mano la Providencia impele á la sociedad hácia el fin misterioso que fijado tiene por sus decretos, y renueva así en cada siglola faz de la tierra,⁶ con la otra mano conduce á su Iglesia; y á cada paso del mundo, ésta siente también "renacer su juventud como la del águila;⁷ y cualesquiera que sean la novedad y el esplendor de las vías que Dios abre á este mundo material, las abre al mismo tiempo á las conquistas de su Iglesia. ⁸

Así, pues, hermanos míos, en la Iglesia la flor de la juventud se abrirá siempre sobre la roca de la antigüedad. Las obras humanas están condenadas á ser puras novedades efímeras ó ruinas, porque nacen y

¹ Mat. XIII, 52.
² Cant. VII, 13.
³ Efes. V, 27.
⁴ Salm. XLII, 4.

⁵ Marc. XIV, 25.
⁶ Smai. CIII, 30.
⁷ Salm. CII, 5.
⁸ Hebr. X, 20.

mueren luego. Las obras de Dios, ya sea que pertenezcan á la naturaleza ó á la gracia, entrañan siempre con la inmutabilidad de su fondo, transformaciones incesantes. Este doble carácter de lo antiguo y lo nuevo, reunidos, es una huella que la mano de Dios se complace en dejar sobre todas sus obras propias.

Las religiones de origen humano son, ó demasiado jóvenes, ó demasiado viejas. El protestantismo data de ayer; el mahometismo está ya decrepito. Jesucristo estaba al principio, ayer, hoy y en todos los siglos, siempre radiante en su divina fuerza y en sus treinta y tres años. La Iglesia, que no es más que la acción de Jesucristo en los tiempos, lleva en toda su historia, en todas sus manifestaciones, la marca de la inmarcesible y vivificante juventud de su Dios.

¿Cuál es, hermanos míos, después del Evangelio, la época del mundo, el pueblo de la tierra, que no haya encontrado á su frente la Iglesia siempre ardiente y siempre joven?

¿Será acaso el viejo pueblo romano, cuya obra formidable y respetada por los siglos, no pudo resistir el asalto del apostolado cristiano? ¿Será el bárbaro brutal y primitivo, al cual, el dedo de San Remigio mostraba el porvenir á través de las pompas del bautismo de Clodoveo? ¿Será el caballero vestido de hierro, que los monjes y los Papas enviaban á través de la Europa hasta el Santo Sepulcro, para medir, por decirlo así, á la humanidad y aprender que el mundo no estaba limitado por una cintura de fortificaciones ni contenido en el horizonte que se descubría desde la torre de un castillo almenado? ¿Será el racionalismo

del siglo XVI, ó el filosofismo del XVIII, que no hubieran podido siquiera saber leer y escribir, si los conventos y los colegios religiosos hubieran cerrado sus puertas á los Lutero y á los Voltaire? ¡Ah! dicen que la Iglesia ya no es joven: los que han recojido todos los viejos errores arrastrados á través de los tiempos desde el paganismo, cual orugas intelectuales son los que esto dicen! ¡Se dice que la Iglesia no es progresiva! Los que quisieran entregar el mundo á la salvaje anarquía, ó encerrarlo de nuevo en la férrea mano del Cesarismo, son los que sostienen eso! Pues bien, á esos dejémoslos hablar: no mentirán impunemente! . . . Cuando se rasgan así las páginas de la historia se puede intentar rasgar las del Evangelio; pero no se le podrá hacer el menor mal á éste! Cuando se ha ultrajado así la verdad humana, se puede intentar blasfemar contra las enseñanzas sobrenaturales, pero no se tiene crédito bastante para atentar contra la verdad divina!

Mas, hermanos míos, es, sobre todo á nuestro siglo XIX, el siglo más *eminente* moderno, puesto que el XX pertenece todavía al porvenir, en el que ha sido dado á la Iglesia afirmar sus facultades progresivas y acompañar con pasos iguales los progresos más osados de la sociedad humana. Pasad la vista solamente, y para no hacer interminables estas consideraciones, sobre lo que ha pasado en Francia durante este siglo, que pronto vamos á despedir para no volver á verlo más. Nunca, tal vez, las vibraciones más variadas del espíritu nacional fueron más intensas; jamás se vieron tantas revoluciones diversas repartirse el curso

de los años: hemos escuchado alternativamente alaridos de guerra y gritos de libertad.

Hemos visto el pendón de la democracia surgir de repente del seno mismo de un imperio que reunía á la fuerza de un cetro de hierro y de génio todo el prestigio de la gloria. ¿Cuál ha sido el puesto, cuál ha sido el papel de la Iglesia en medio de esas tempestades, en el centro de esas sorpresas? En el seno de ese pueblo de valientes ¿ha sido ella valiente? Entre esas almas que aspiraban con ardientes deseos hácia la libertad ¿ha sido ella liberal? En el centro de las masas que se agitan actualmente y reclaman una parte más grande de sol y luz ¿no ha sido ella bastante democrática? ¿Qué tentación vendría, hermanos míos, si este discurso no debiese concluir; qué tentación viene de rehacer aquí esa espléndida historia de la moderna Iglesia! ¡Ah! ¿os agradan los espíritus que se entusiasman? ¡Ah! ¿os embriagáis con el ruido de las voces que suenan como trompetas? ¡Ah! erigís estatuas á los que saben derramar su sangre por su patria ó por sus creencias? ¡Ah! noble pueblo francés ¿has conservado en tu corazón viva la llama ardiente de tus antecesores, los caballeros? Pues bien, mira si en todos los campos de batalla, donde brillan los aceros ó donde estalla la palabra, mira si la Iglesia se ha quedado atrás; mira, y dí si los hijos de esta Iglesia son indignos de tí! ¿Acaso no es un caballero cristiano, de corazón generoso y elevado, el que lanzó como una orden á todos los suyos, esta magnífica declaración, á la cual ningún hijo verdadero de la Iglesia ha desmentido: «Somos los hijos de los Cruzados y no retrocede-

remos ante los hijos de Voltaire?» ¿Acaso no es la más pura sangre católica, la sangre que corrió en Mentana y en Castelfidardo la misma que tiñó gloriosamente la bandera de Patay? Y si el siglo XIX en Francia, es un siglo de batallas dentro y fuera del suelo de la patria; un siglo que nace entre el estruendo de los combates y que termina entre el chasquido de las armas que se forjan en todas partes ¿los hijos queridos y fieles de la Santa Iglesia no aparecen en las primeras filas en todas las vías del honor nacional, así como en todas las brechas donde se traban los combates incruentos por la justicia y la verdad?

La Francia moderna no sólo es militante: está sedienta de libertad. No pide solo para ella la libertad, sino para todo el mundo. Pues bien, hermanos míos, ¿dónde se encuentran hoy los más infatigables campeones de la libertad? No se trata aquí, por supuesto, como lo creéis, de esa licencia que la honradez reprueba y que la sociedad teme como al más funesto de todos los males.

Empero todas las libertades legítimas, nobles y verdaderas ¿quién es el que las reivindica cuando faltan, las defiende cuando son atacadas, las reconquista cuando se pierden, y gasta su elocuencia, su ardor y su sangre para defenderlas? Un monje fué, hermanos míos, el que pronunció, desde lo alto de la más augusta tribuna, la más majestuosa frase que nuestro siglo haya escuchado en favor de la libertad. Ninguno de los que estaban presentes han de haber olvidado al dominico Lacordaire, mostrando sus blancos hábitos y exclamando á la faz del siglo XIX: «¡Yo soy una

libertad!» Este grito no cesa la Iglesia de lanzarlo. Este grito, creédlo, es el grito de su alma! Bien sé que, maestros, que el pueblo francés parece no querer tener ya á precio alguno, tratan de imponer su dominio á la Iglesia, y que los abogados de esos maestros, bajo el pretexto de que son los defensores del trono y del altar, pretenden construir una vez más los escalones de aquél con las piedras de éste.

Pero la Iglesia no puede en modo alguno aceptar un papel que sea humillante y tienda á esclavizarla. Ella sirve solamente á las almas: su dignidad de madre no le impone ninguna otra esclavitud más que la de la abnegación.

¡Yo os digo que es una libertad! Ella bendijo el árbol de la libertad, porque sabe que nada hay tan apetecible para las almas, como los frutos de la verdadera libertad. Ella no ha encontrado jamás ¡ah! en su larga peregrinación á través de los tiempos, más que protecciones interesadas ú hostilidades celosas. Las manos que empuñaron antaño las espadas para defenderla, nunca en sus relaciones con ella, se quitaron el guantelete de hierro!

Olvida la Iglesia las heridas que ha recibido cuando se trata de perdonar, ¿cómo las olvidará cuando se trata de no desobedecer la voz de su jefe, de permanecer independiente de todo partido político?

Como consecuencia de las aspiraciones por la libertad, la Francia moderna se ha vuelto más democrática que en ninguna época de su historia.

La democracia, la francesa sobre todo, no es en manera alguna la revolución sangrienta, el pillaje y

el robo. A pesar de las importaciones extranjeras, y en particular de las influencias de Alemania sobre los internacionalistas, el pueblo francés es demasiado honrado, demasiado laborioso para que sea permitido confundir sus justas reivindicaciones, con los salvajes alaridos y los bestiales apetitos de los energúmenos que pretenden robar para enriquecerse, matar para vivir, y destruir la patria para transformar el mundo. Pues bien, hermanos míos, ¿qué hace la Francia ante la democracia?

La Iglesia se muestra la hija de Dios que decía. "Venid á mi los que estáis cargados de trabajo." ¹ Los apóstoles que propagaron esa iglesia eran jornaleros y laboriosos; los primeros discípulos que conquistó fueron esclavos, hijos de Esparta, que sus amos abruñaban de trabajos y de golpes en el fondo de las ergástulas; sus frailes tuvieron, desde los primeros siglos, las manos endurecidas por el trabajo, y los rostros tostados por el sol de los campos; sus misioneros, después de desgarrarse los piés en todos los caminos de la tierra riegan con su sangre los países que los cenobitas fecundaron con su sudor. Bien sé que se calumnia odiosamente á los sacerdotes del día, reprochándoles que no son laboriosos como sus antecesores: —¿qué importa?— Cuando un hombre pone el descanso de la noche y la actividad del día á la absoluta disposición de toda una población, cuando se convierte en el servidor de las almas, de las inteligencias, de los corazones, de los desgraciados, de los enfermos, de los

¹ Mat. IX, 28.

desamparados, y esto por profesión, por estado, se necesita no detenerse ante ninguna iniquidad para atreverse á decir que ese hombre no es un trabajador. Yo os pregunto, hermanos míos. ¿dónde habéis conocido y visto á los sacerdotes, que son como la Iglesia viviente, dónde lo habéis encontrado? ¿Será, por acaso, en medio de vuestras fiestas profanas? ¿Entre el bullicio de vuestros placeres enteramente mundanos? ¡No! Los habéis encontrado allí donde hay lágrimas que secar, dolores que mitigar, dudas que aclarar. Nadie hay de más popular y más democrático, que esos millares de curas que se van á vivir, y esto cuando son bastante ilustrados, para poder subsistir cómodamente en una posición independiente, que se van á vivir, repito, pobremente, con un salario casi ilusorio, pues tal es de mezquino, en medio de los campesinos, de los pobres montañeses, de todos aquellos, en fin, á quienes las rudas labores y la pobreza se los han señalado como á sus hermanos.

Si: el sacerdote vá hácia el jornalero, porque es «pueblo;» hácia el desdichado, porque es «pueblo;» hácia el soldado, porque es "pueblo;" hácia el enfermo del hospital, porque es "pueblo," y cuando le acontece pasar los dinteles de palacios suntuosos ó tomar lugar en las mesas de los ricos, éstos bien saben que lleva secretas intenciones caritativas que hacen ser generosos á aquellos que siempre tienden una mano para aliviar las miserias y las penalidades del pueblo.

Los mismos campos de batalla, y aún los más sangrientos, han visto hasta qué punto esos hijos del pueblo y de la Iglesia, que son al mismo tiempo los minis-

tros de la paz, son capaces de unirse á sus hermanos, hasta comulgar con ellos en la sangre y la muerte de los combates. Han visto, como decía hace tiempo una escritora, cuyo espíritu es demasiado francés para que algún día retorne á la fé católica, «han visto sobre el «montón de víctimas, al cura con su larga sotana negra, tendido exánime como si fuera un crucifijo gigantescos»—inmolado por su fé, su patriotismo y el amor de su pueblo.»

Uno de los espectáculos más notables dado por nuestro siglo es éste: á medida que el pueblo deja la fábrica, sale de la tierra, abandona el campo para invadir más y más el terreno de la vida pública y política, la Iglesia por un movimiento análogo, tiende á descender, ella también á la plaza pública y se dirige á encontrar al pueblo, convertido en un grupo social y en cierto modo personal. Mas que nunca, llama al pueblo á los templos, se une con mayor intrepidez al pueblo en las asambleas de éste; y si nuestros ojos se dirijen más arriba, si ven ahí donde un cristiano puede admirarlo todo sin reservas y elogiarlo sin límites, veremos á ese admirable Pontífice León XIII, abrir sus brazos y su corazón á la democracia moderna. La palabra del Vicario de Jesucristo ha descendido solemnemente á las fábricas y á las minas; un rayo de luz divina ha atravesado el humo espeso de los talleres, una palabra confortante y consoladora ha dominado el estruendo del martillo y la formidable respiración de las máquinas hasta llegar á los oídos del obrero. La prensa entera, hostil, indiferente ó amiga, se ha hecho el eco de esa palabra. Toda la Francia se ha

conmovido. El despecho de los unos, las imprecaciones de los otros no han hecho mas que hacer más penetrante y más poderosa á esa augusta palabra. Los obreros han respondido: han decidido ir á poner sus fuertes y encallecidas manos en la débil y bienhechora mano del Pontífice, que ama el corazón del pueblo, que bendice sus trabajos, que acepta el gobierno del pueblo. Han ido esos jornaleros con sus trajes de trabajo; han dejado las huellas de sus pisadas en los tapices del Vaticano y se han llevado en sus almas las huellas de la bondad pontifical. El trabajo y la religión se han dado un abrazo. Las miradas del Padre Santo se han encontrado con las de los «francos»... recíprocamente se han comprendido, han sido dos esclavizados: mañana serán "las dos libertades del día!"

II

Mas hé aquí que, si hemos de dar crédito á los espíritus hostiles, una barrera formidable, infranqueable, se opone á la reconciliación de la Iglesia y del país. El pueblo francés, se nos dice, es ya un pueblo liberado. Todas las servidumbres causan horror á su amor feróz por la libertad. Ahora bien, la religión, la fé, entraña cierta servidumbre lo mismo que el despotismo y el feudalismo. Por otra parte, la nación francesa ya no tiene fé. Esta se ha desertado del espíritu de las poblaciones, como las poblaciones se han desertado de las iglesias. Esto se repite por doquier.

Evidentemente que la fé impone una servidumbre; pero ésta es noble: también el amor por la verdad, por la justicia, el sentimiento del honor, el patriotismo, son servidumbres, y no hay un solo francés verdadero, que no esté pronto á derramar su sangre por tales servidumbres. En cuanto al hecho de que se manifiesten menos las creencias; de que se han dejado dormir en el fondo de las almas, posible es que una gran parte de nuestra sociedad haya llegado ahí, pero no es por eso menos cierto que el espíritu francés es esencial y primitivamente religioso; y cualesquiera que sean las pasiones que lo agiten, los errores transitorios que lo cieguen, las iras que lo arrastren, no hay que desesperar del espíritu francés, bajo el punto de vista religioso, como no desesperáis vosotros de la fertilidad de vuestros campos, á la hora en que un huracán pasa y arrebatá los sembrados que los alegraban.

No creais, hermanos míos, cualquiera que sea la habilidad para decirlo y afirmarlo; no creais jamás que el pueblo francés no es un pueblo religioso. El pueblo cuya alma recta y fecunda nació del misticismo de los galos y de la austeridad de los francos, el pueblo patriota y guerrero que recibió el bautismo acabando de obtener una heroica victoria; el pueblo que ha sido la espada y el escudo del cristianismo; el pueblo sin el que nada de grandioso ha pasado en la historia de la Iglesia; que ha delineado en sus amplias conquistas el reino del Vicario de Jesucristo; el pueblo que detuvo en Poitiers con la masa de armas de Carlos Martel los avances del mahometismo; que enrojeció con su

sangre el sepulcro del Hombre Dios; que defendió y salvó la religión de sus padres contra el más querido de sus reyes; el pueblo cuya historia es un maravilloso tejido, donde se ven pequeñas santas como Geneveva y Juana de Arcó y grandes capitanes como Dugesquin, Bayardo, vuestro compatriota delfinés, Condé que dejó en la historia, testimonios imperecederos de su piedad y su fé; el pueblo cuyos hijos emigran todavía á los países más apartados para derramar su sangre ya por la bandera tricolor, ya por la cruz de Jesucristo; el pueblo caballeresco que se enamora de lo ideal y que sabe morir por las ideas que prohija; ese pueblo ¿podrá consumir la prevaricación, colmar la iniquidad, apagar definitivamente la antorcha; renegar á la vez de su pasado, de su porvenir de su alma misma?

¡Jamás, jamás!!

No quiero, hermanos míos, para hacerlos tocar con las manos la vitalidad, la *realidad* religiosa del espíritu francés, mas que señalaros dos hechos y exponerlos brevemente.

El primero es éste: todo cuanto es antireligioso ó anticatólico en Francia, es de importación extranjera. El segundo hecho es que, en todas partes donde se ha intentado suprimir en Francia la religión, ha sido indispensable reemplazarla por la *comedia* de la religión. No os impacientéis porque seré muy breve:

He dicho, primero, que todo elemento anticatólico, es de importación exótica; que desde su origen está marcado con un sello extranjero.

Dios me es testigo de que no trato de contristar á

nadie, ni entre los enemigos de mis creencias. No permita Dios, sin embargo, que la caridad, á la cual estamos obligados, sirva para arrojar sobre la verdad histórica, el velo de una cobarde y despreciable complacencia. Seguid con la imaginación los asaltos sucesivos por los cuales el eterno enemigo ha tratado de derribar nuestra antigua fidelidad de creyentes.

En la aurora de los tiempos modernos el protestantismo se levanta trayendo consigo todos los horrores de la guerra civil. ¿De dónde vino? De Alemania. En el siglo XVII, el jansenismo aparece y trata de helar en los corazones de nuestros padres, la flor de las esperanzas evangélicas. ¿De qué país vino el jansenismo? De Bélgica. En el siglo XVIII, el filosofismo se establece á favor de las ruinas sobrenaturales acumuladas por el protestantismo y el jansenismo. ¿De dónde vino el filosofismo? Juan Jacobo Rousseau, Hume, Kant, Voltaire mismo, ese francés que para adular al rey de Prusia llamaba á la Francia «una miserable nación de Welches,» ¿de qué país eran? De Suiza, de Inglaterra, de Alemania y de Prusia. En el siglo XIX, el racionalismo se apodera de los espíritus perturbados por la falsa filosofía, atrofiados por el materialismo inglés y el ateísmo alemán. ¿De dónde viene el racionalismo? ¿De qué país es ese doctor Strauss, al cual Renan y otros, han tomado las armas con las que han atacado á la fé de nuestros antepasados? También de Alemania. Ese formidable movimiento del socialismo, en el cual es preciso distinguir dos elementos: el primero, conforme á la justicia y cuyo principio se muestra en el primitivo cristianismo y la realización en las

corporaciones cristianas de la Edad Media; el segundo, violento y despótico, todo rugiente con alaridos salvajes y colorido con los reflejos del incendio; el socialismo, digo, en lo que respecta al segundo elemento, ¿de dónde vino? ¿De qué país es Karl Marx, el creador de la Internacional? Bebel, Lich-Knecht, á los que los revolucionarios franceses consagran triunfos ¿de qué país son?

¡¡Todos de Alemania!!

Pues bien, nos hemos ligado contra la introducción de artefactos, contra hechos falsificados y despreciables de la industria alemana; hemos llorado de despecho en 1870 ante la invasión de los cascos y las lanzas tudescas. . . . ¿no será para caer de cabeza todos juntos en las doctrinas salvajes, absurdas, en los monstruosos errores de todos esos soñadores perniciosos. . . .? Y si hay entre nosotros grupos estruendosos, doctrinarios gritones, que aceptan la triple humillación de plagiar, de plagiar el mal y de plagiarlo tomando lo prestado de los peores enemigos de nuestra patria, de nuestro carácter y nuestra fé nacionales, al menos vemos por la actitud de la misma nación en sus resistencias y en su desprecio, que todo ese mal no proviene de ella, que todos esos cardos intelectuales y morales no germinaron espontáneamente en nuestro suelo puro y generoso!

Si la boca del «pozo de abismo,» del que habla el Apocalipsis, está en alguna parte de la tierra, estamos seguros de que no está en Francia.

Mirad ahora—y para decirlo en una sola palabra—que estratagemas de guerra se ven obligados á usar

los que quieren matar el cristianismo en el seno del pueblo francés. Robespierre se rindió á la evidencia haciendo constar que nada es tan vivaz en nuestro espíritu nacional como el sentimiento religioso.

"El ateísmo—decía—es aristocrático; la idea de un "gran Sér que vela sobre la inocencia oprimida y "que castiga al crimen triunfante es enteramente popular."

La revolución, que derribó los altares y convertía en trojes las iglesias, se vió obligada, en consecuencia, á instituir grandes fiestas religiosas en loor del Sér Supremo para engañar así tendencias invenciblemente divinas del pueblo.

Desde entonces, todos los enemigos de la fé que han necesitado del pueblo, del verdadero pueblo francés, han tenido que contar con esas aspiraciones. Este pueblo, cuyo carácter forzó á Enrique IV á convertirse, y á Napoleón á hacerse ungir por el Papa, obliga á todos los apóstoles de la impiedad á darle la idea religiosa en las mismas obras de la descatoización. El hombre que habrá sido el más funesto para la fé de los débiles, el autor de la «*Vida de Jesús*» no propagó su impiedad sino impregnándola con un olor de incienso, que los cándidos tomaron por un perfume religioso. Un acto cualquiera, relativo al alma, y que hasta hoy ha sido un acto religioso, no tiene éxito al volverse puramente civil, sino á condición de revestirse de cierto carácter de solemnidad y de pompa que la conserva una fisonomía sagrada. ¿Acaso no vemos actualmente celebrarse el bautismo civil, la primera comunión civil, el casamiento civil con acompaña-

miento del órgano municipal? ¿Qué significa esto? ¿Qué son esas ceremonias religiosas sino una ficción, una ilusión otorgada á las necesidades indestructiblemente religiosas del espíritu popular en Francia? ¿Sabéis por qué el entierro civil que es, sin embargo, el sólo acto definitivamente característico, la única protesta absoluta de impiedad total, de incredulidad indudable, que pueda manifestar el hombre al dejar este mundo; ¿sabéis, repito, que el entierro civil no logra generalizarse en nuestro país? Pues es por que, por una parte, el muerto creía en Dios á pesar de todas las fanfarronadas de su vida, y que creyendo en Dios, tuvo miedo de morir como enemigo de Dios; es por que, por otra parte, los deudos, á los cuales el pesar del duelo no les deja ninguna gana de hacer comedias, no pueden resignarse á desmentir ante la muerte los sentimientos de fé que viven siempre en el fondo secreto de sus almas.

Después de esto, que vengan los publicistas anticlericales á repetirnos cuanto gusten que la Francia ya no es cristiana y que la Iglesia la molesta y le pesa. Para replicarles no tenemos más que hacer, que poner nuestras manos sobre el corazón. Por pagana que parezca nuestra vida exterior, seremos siempre de aquellos paganos de los cuales decía Tertuliano: "sus almas son naturalmente cristianas." Los huracanes pasan, las tempestades se disipan, los cataclismos se van: pero la tierra, las rocas se quedan en su lugar. No serán esas nieblas alemanas, ni esas epidemias cosmopolitas, las que cambiarán la patria francesa ni envenarán la sangre nacional. A este respecto, nada es

tan instructivo como la historia del siglo XIX, pues nada muestra mejor cuanto es, el actual movimiento anticlerical, obra puramente de apasionamiento. Después de las atrocidades revolucionarias ¿acaso no parecía todo perdido para la Iglesia en Francia? Y no obstante, el más poderoso, el más fiero de los revolucionarios, Napoleón I, fué, por decirlo así, al día siguiente de las orgías que se hicieron por la diosa Razon, á arrodillarse ante el Papa. Después de la reacción de Carlos X y las medidas tal vez demasiado protectoras de esa monarquía ¿acaso no estaba todo ya reconquistado? Y sin embargo, la revolución de 1830 de nuevo echó todo por tierra. ¿Acaso ese largo reinado de volteranismo burgués, que se intituló el reinado de Luis Felipe, no habia reducido á los verdaderos católicos al papel de insurrectos? Y á pesar de esto, la revolución de 1848 vino llamando á la Iglesia para que bendijese los símbolos de la liberación nacional. Así de seguida, hermanos míos. Yo no quiero tocar una historia palpitante todavía, un presente demasiado irritable; pero apelo al corazón de nuestra gloriosa y santa patria y os digo: el sentimiento religioso, la aspiración cristiana, la vida católica, brota de ese corazón como de su fuente. La Francia posee en su seno un depósito inagotable y providencial de generosidad y de virtudes cristianas. Id, pues, á detener uno de esos manantiales frescos y puros que brotan en oleadas, en vuestras bellas montañas del Delphinado! Bien sabéis que no los contendréis largo tiempo. Si la mano del hombre se obstina en detenerlos irán á brotar por otro lado. Si tratáis de estorbarles

su curso rodearán el obstáculo, á menos que no lo derriben y nadie podrá privar á la tierra de la frescura y de la fecundidad que le proporcionan. Asi sucede con la vida religiosa que es el alma misma de nuestra patria. Algunos hombres intentan en vano cegar el manantial; á la hora de ésta se vanaglorian de haberlo conseguido! ¡Ah! esperad. . . y pronto veréis lo que todas las generaciones anteriores á la nuestra han visto ya: la Francia tomará la revancha con sublimes impulsos, de la larga opresión que ha sufrido su espíritu.

¡Ese será un gran día! Nuestro país volverá á desempeñar con el Evangelio en las manos y en toda su pureza ese papel de civilizadora que por otra parte, nunca ha abandonado por completo. Dios le devolverá su bendición y la gloria, en la misma medida en que ponga aquella su espada y su génio al servicio de la Iglesia. Las divisiones intestinas, las guerras fratricidas atizadas por el infierno, darán fin en el ósculo pacífico del sacerdocio y el trabajo. Nuestra patria, igualmente laboriosa y cristiana, cuya marcha desigual y detenida, se encuentra en estos momentos en retardo por disensiones que nada puede justificar y por malas inteligencias que nada puede explicar, se levantará potente en su reconciliación consigo misma. "En ese día, dice el Señor, restableceré la armonía en la nación que cojea, y yo haré de ese pueblo tan trabajado el pueblo robusto por excelencia."

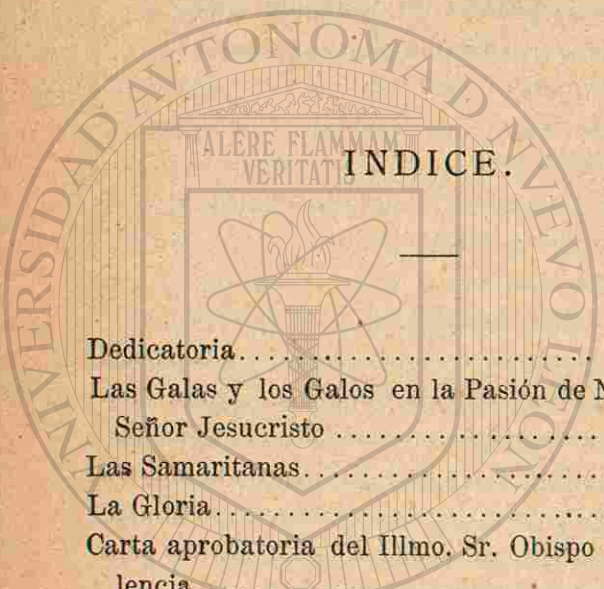
El gran Pontífice, del que el catolicismo se muestra

¹ Mich. IV. 6, 7.

actualmente tan orgulloso, parece querer apresurar más que toda otra vez, la llegada de esa bendita hora! Nosotros los creyentes, nosotros los ardientes, nosotros *la Iglesia*, repetimos con todas las santas emociones del alma la súplica triste, pero patriótica, de los desdichados judíos: «Ya es tiempo ¡oh Señor! que tengáis piedad de Sión; vuestros siervos aman aún «sus mismas ruinas y sus piedras dispersas. Y su tierra natal por desolada que esté, merece todavía toda «nuestra compasión y amor!" Sabemos que Dios nos escuchará. Sabemos que en todas las páginas de las Escrituras un nuevo cielo aparece sonriente para una nueva tierra. Sabemos, que si la obra deseada parece irrealizable para las fuerzas humanas, es muy fácil para la bondad y omnipotencia de Dios. Por una parte, la tierra de Francia ha bebido demasiado nuestra sangre cristiana para que le pese nuestra fé cristiana; por otra parte Cristo ama demasiado á los Francos para seguir á los réyes en el destierro.

Y aun cuando desgarrasen nuestros corazones dividiendo nuestra doble patria al consumir entre la Iglesia, de la que somos hijos por el bautismo, y el Estado, del que somos ciudadanos por la sangre, un divorcio doloroso, la alianza santa permanecerá imborrable en esa *Casta viviente*, que es la voluntad del pueblo.

Jamás separarán en nuestras almas el amor por la Iglesia del amor por la patria, y cualquiera que sea la enseña que se dé á la Francia, para la *verdadera Francia*, el asta bandera de esa enseña será siempre la Cruz de Jesucristo!



INDICE.

	Págs.
Dedicatoria.....	5
Las Galas y los Galos en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.....	7
Las Samaritanas.....	41
La Gloria.....	67
Carta aprobatoria del Illmo. Sr. Obispo de Valencia.....	95
La Iglesia y la Nueva Francia.....	97

Obras publicadas por la misma Casa.

LA DIVINA EUCARISTÍA.

Reflexiones piadosas sobre este augusto misterio, por el Ilmo. SR. FR. JOSE MARIA DE JESUS PORTUGAL, Obispo de Sinaloa. Inútil nos parece recomendar esta importante obra, baste decir, que en muy corto tiempo se han consumido dos numerosas ediciones, la tercera, que ahora ponemos á la venta, está muy mejorada y corregida de sus erratas anteriores. Hemos puesto especial empeño en la parte tipográfica, y además, en la revisión que encomendamos á un R. P. Escolapio. Forma dicha obra, un tomo en 4.º, de 400 páginas, encuadernado en pasta española, cortes rojos..... \$ 1 50

LA DOCTRINA CÁTOLICA

Explicada con muchos y notables hechas históricos, parábolas, y comparaciones, ó sea

CATECISMO en EJEMPLOS

Por el Illmo. Sr. D.

MIGUEL PRATMANSI, OBISPO DE TORTOSA.

Segunda edición notablemente aumentada por el Reverendo Padre MACH, S. J.
 Un tomo en 4.º, de 456 páginas, encuadernado en rústica..... \$ 1
 Encuadernado en pasta..... „ 150

Summula Matrimonialis.

Catechistico Ordine Digesta
 ad usum Americæ latinæ cura et studio

REV. P. D. DEGRENNE O. S. B.

Un tomo en 8.º, de 74 páginas, acompañado del árbol de consaginidad, encuadernado á la rústica.....50 centavos.

METODO

Para Preparar á los Niños á la Primera Comuni3n.

POR EL CANONIGO DR. D. JACOBO SCHMIT

Traducido de la séptima edición alemana por el Dr.
D. Juan Manuel Orti y Lara.
Obra precedida de una carta introductoria del R. Obispo
de Costa Rica, aprobada y recomendada
por el R. Arzobispo de Santiago de Chile y por los
RR. Obispos de Comayagua Madrid-Alcalá, Pamplona,
Portoviejo, San Salvador y Veracruz.

Como de esta obra se han hecho varias ediciones, algunas
en países extranjeros donde se domina poco el lenguaje
castellano, debemos advertir que, siempre que se quiera una
edici3n correcta y buena, se pida la publicada por HE-
RRERO.

La obra forma un tomo en 4.º, de 364 páginas, encuader-
nado en tela y planchas doradas..... **DOS PESOS.**

EL GRAN MISTERIO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

Por el Ilmo. Sr. Fray José María de Jesús Portugal,
Obispo de Sinaloa. Un tomo en 8.º mayor, de 500 páginas,
encuadernado en pasta..... \$ 1 75 cent.

La obra que anunciamos, quizá sea la mejor que ha bro-
tado de la pluma del dignísimo obispo de Sinaloa, y sin du-
da, la en que ha puesto más empeño su ilustre autor, ho
sólo por el asunto, profundísimo de suyo, cuanto por la
forma que le da realce y avalora. Con la Sagrada Escritura
y los libros De Trinitate de San Agustín por guía ha dis-
currido el Ilmo. Sr. Obispo de Sinaloa por *El gran Miste-
rio de la Santísima Trinidad*, pasmo y asombro de las inte-
ligencias más privilegiadas que si no han podido compren-
derlo, han sabido explicarlo con relativa claridad ante la
mirada estupefacta de los hombres, en cuanto á los mismos
hombres es dado, sin contradicciones con la humana razón,
como han soñado algunos orgullosos. Obra profunda y de
atrevido vuelo es ésta, y donde el sabio autor se ha evi-
denciado como teólogo habilísimo y sutil no menos que
como místico que alcanza grandes alturas.

LA VIRGEN CRISTIANA

EN MEDIO DEL MUNDO

y en el seno de su familia, su misi3n y sus virtudes en los
tiempos actuales. Obra aprobada por varios Obispos fran-
ceses, traducida de la tercera edición francesa por dos
Hijas de María de la Asociación de Irapuato, precedida de
una introducci3n cuidadosamente revisada y seguida de
un apéndice sobre la virginidad por Gabino Chávez, Pbro.,
Director local de la misma asociaci3n. Segunda edición
completada con los últimos capítulos suprimidos en la pri-
mera. Con licericia eclesiástica.

La obra forma un tomo en 8.º mayor, de 460 páginas,
encuadernado en tela y ylanchas I 50

OFICIO de la SEMANA SANTA y de la PASCUA de RESURRECCION

en latín y castellano

POR LOS PADRES ESCOLAPIOS

NOVISIMA EDICION DE 1895.

Las diferentes versiones castellanas del Oficio de *Semana Santa* adolecen
por regla general, de tal desaliño, obscuridad y confusi3n, que resultan in-
teligibles y de muy poco provecho para los fieles. L. de los PP. Escolapios,
hecha con perfecto conocimiento de los idiomas originales, hebreo y griego,
se recomienda muy especialmente por su claridad, sencillez y correcci3n.
Oportunísimas reflexiones y observaciones litúrgicas acerca de los misterios
de la Pasión, á fin de facilitar la inteligencia de las augustas ceremonias del
culto católico, realzan sobremanera el mérito de este libro, que viene á ser
un precioso *devocionario* para asistir con fruto á las religiosas solemnidades
que en tales días celebra la iglesia. Para que nada falte á tan hermoso libro,
se ha procurado que, por la belleza y buen gusto de la impresi3n, pueda
competir con los mejores del extranjero.

Un tomo en 8.º, de 640 páginas, encuadernado en piel fina con
relieves..... Un peso cincuenta centavos.

En chagrín y cortes dorados..... Dcs pesos cincuenta centavos.

Ejercicios de perfección y virtudes cristianas

Por el V. P. Alonso Rodríguez, compendiado por el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. José M. Portugal, Obispo de Sinaloa. Segunda edición, revisada por el Sr. D. Juan Manuel Orti y Lara, catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid. Un tomo en 8.º mayor, de 370 páginas, encuadernado en pasta. **Un peso cincuenta centavos.**

Cuanto se diga de esta obra clásica, tan célebre por su doctrina y unción como por su estilo llano y hermoso, sin afeites, es poco, respecto de su indiscutible mérito. Lo que debemos hacer constar, es que el Sr. Obispo de Sinaloa, reconociendo su utilidad y provecho para las personas espirituales, ha hecho este hermoso compendio de dicha obra, quitando de ella los ejemplos vulgares y quizá demasiado crédulos, tomados de antiguos cronicones, y dejando íntegra y pura su sólida doctrina, que puede servir para todos los tiempos y muy particularmente para los actuales, en bien de las almas.

DISCURSOS SAGRADOS.

(Colección de) escrita por el Sr. Pbro. D. Ignacio Gerónimo Domínguez, Doctor en Sagrada Teología por la Nacional y Pontificia Universidad de México; el tomo primero comprende Discursos Sagrados, Panegíricos, y el segundo, Discursos Sagrados para la Semana, ambos encuadernados en pasta española. **Cinco peses.**

R. P. DIDON.

De la orden de Santo Domingo.

La Fe en la Divinidad de Jesucristo.

Conferencias predicadas en la Iglesia de la Magdalena de París durante la cuaresma de 1892.

Esta obra, que ha obtenido un gran éxito en Francia y que se publicó en el mes de Marzo, ha sido traducida al castellano, siendo México la única que en este idioma la tiene traducida.

La obra forma un tomo en 4.º español, de 240 páginas, encuadernado a la rústica. **Un peso cincuenta centavos**
Encuadernada en tela y planchas. **Dos peses**

CARTAS A TEOFILA SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL.

Escritas por el M. R. P. Fray Ambrosio de Valencina, Franciscano Capuchino. Definidor y lector de filosofía en la provincia capuchina.

La obra forma un tomo en 4.º de 320 páginas, encuadernado en rústica. **Un peso**
Encuadernado en tela y planchas. **Un peso cincuenta centavos.**



LIBRERIA DE NUESTRO TIEMPO
GENERAL DE BIBLIOTECA

100